

todos los fechos de los Romanos, é por tanto los Romanos curaron de los guardar; é quando los tiempos lo requerían, si auían de consultar sobre cosas advenideras, á ello se recorrían, como á Profecía.

CAPÍTULO LXXVII.

FAMBILES, FEMBRA GRIEGA.

Agora me queda Fambiles para facer fin á este segundo libro, la qual fallo auer seydo fembra Griega, é fija de una llamada Plathea, la qual, aunque non puede ser adelantada por loores muy grandes, non acordé de la pasar, porque es visto que valió mucho, por su sutil ingenio; é es sauido por autoridad de los antiguos ésta ser la primera de todas, que cogió el algodón, que volaba de los árboles pequeños, é que lo limpió con peine, é alimpiado se lo echó al cuello, é lo tornó al filo, é que assí enseñó á otros el uso dél, que de antes non era conocido; la razón de la qual cosa acatada, asaz demuestra que ella valió mucho en las otras faciencias; é si los hombres que fallaron de nuevo qualesquier cosas, son por ello loados, non es sin razón que ésta sea loada por ésta su invención.

Aquí se acaua el segundo libro desta obra, en que se trata de las claras, é virtuosas mujeres, assí Romanas como otras del pueblo de los Gentiles, que fueron, é viuieron so la ley de natura, é non ovieron conocimiento de la ley de Escritura, nin de la ley de Gracia.

SÍGUENSE LOS CAPÍTULO DEL 3.º

É POSTRIMERO LIBRO.

Santa Ana.

Santa Inés.

Santa Anastasia.

Paula.

Agata.

Lucía.

Juliana, Virgen.

María Egipciana.

Petronila, fixa de San Pedro.

Julia.

María Virgen.

Theodora.

Margarita.

María Magdalena.

Crispina.

Marta.

Eugenia.

Eufemia.

Justina, é Margarita.

Secilia.

De Elisabet, madre de San Juan Baptista, é de
Pelaya, é de Cassia, é de Santa Catherina.

FENECEN LOS CAPÍTULO DEL 3.º

É POSTRIMERO LIBRO.

PROEMIO DEL 3.º LIBRO.

Ordenando de contar en este tercero libro, los loores que merecieron algunas santas mujeres, cuya memoria se celebra en las fiestas de cada año por los fieles Christianos, é de algunas otras, que en nuestro tiempo fueron esclarecidas por singular virtud; vínome á la memoria que era cosa muy alta encargarme de tan gran fecho, que non solamente es graue de lo alcanzar con el entendimiento, mas aun tomarlo con el pensamiento: ¿quién ay tan saúo en los grandes artes, que pueda de los loores dellas complidamente decir? las quales, según testimonio de la Santa Escritura, es sabido que fueron mucho de acatar por toda honestidad, é santidad; dudaríamos si ay alguno, que lo pueda facer; é nin Jenofonte, varón muy bien fablante, aunque era muy quito de negocios de Ciudad, nin Tucídides, que, según dicen, escribió los fechos, é guerras pasadas bien; nin Demósthene, que ovo la prudencia muy alta, é muy gran fuerza de hablar; nin Cicero, Príncipe de la eloquencia de los Romanos; pero pues acordamos de cometer fecho tan grande, esforzarnos hemos para poner en ello el trauajo estudiosamente, porque como mejor pudiéremos, claramente, é sacando la verdad, sean esclarecidas, porque non parezca que quedamos menguados por ignorancia, é que con pereza fuímos del trabajo, pues la una destas es fea, la otra es baja; mas porque parezca en la primera entra-

da deste libro, que podrían con razón llegar muchas fembras, ordenamos de asentar en el primero lugar á Santa Ana: dello por reverencia de la sin mancilla Virgen con pura intención, é voluntad; dello por su singular privilegio, que mereció parir á la Madre de Dios, por cuya providencia es cierto que fué establecido el Mundo, é todas sus partes, é que es administrado en todo tiempo.

CAPÍTULO PRIMERO.

ANA, MADRE DE NUESTRA SEÑORA.

Ana, mujer muy santa, que fué de Belén, casada con Joachín, varón muy justo de la ciudad de Nazaret: lo primero fué valiente por tan maravillosa virtud, que en uno con su marido derechamente guardó los mandamientos de Dios, é partía todo lo suyo en tres maneras, es á saber: que la una parte daba al servicio de Dios, é á sus ministros; é la otra daba á los pobres, é la tercera guardaba para sí, é para su gente; é assí haciendo vida como bienaventurada, ambos pasaron veinte años sin aver fixos, é votaron que si Dios les otorgase generación, que la darían á su servicio; é por esta causa acostumbraba Joachín ir cada año á Jerusalén á ver las solenidades, é en la fiesta del cauo de año fué á Jerusalén con sus parientes; é queriendo entre los otros ofrecer su ofrenda, el Sacerdote desechólo, é díjole mal, porque él, seyendo mañero, osaba llegar al altar entre los que auían generación; é por esto, con la muy gran vergüenza, que

ovo, non quiso tornar á su casa, porque los que allí estaban non lo dijeseu otra vez á denuesto, é por tanto se apartó á sus pastores; é auiendo estado allí algunos días, apareció el Angel con gran resplandor, é veyendo que se turbaba con su vista, díjole que non oviesse temor, mostrándole muchos ejemplos de cómo los concevimientos que se alongaban, ó los partos de las maneras eran más de marauillar; é díjole que Ana, su mujer, le avía de parir una fija, á la qual llamarían María, é que della nacería divinalmente el fijo del muy Alto, é dióle señal que en la puerta dorada le saldría su mujer al encuentro: desaparecióse el Angel, é Joachín contó todo esto á Ana, que con tristeza estaba llorando, é desque se vieron en uno, según que el Angel les avía dicho, seyendo certificado de la generación que hauían de auer, se tornaron á su casa; é Ana, fecha preñada, parió una fija, á que llamó María; é auiendo cumplido tres años, el Padre, é la Madre la ofrecieron al templo; é al fin, seyendo desposada con Joseph, é conceviendo de Espíritu Santo sin algún corrompimiento, nin conocimiento de varón, dió al Mundo á Jesuchristo, que con el derramamiento de su sangre nos lavó: ¿qué cosa más excelente se puede concevir en el corazón, que ésta aver parido por divinal ordenación la Madre, é Fija de Nuestro Salvador?

CAPÍTULO II.

INÉS, VIRGEN.

Agrádame pasar de Ana á Inés, virgen muy sabia, que según es testigo San Ambrosio, el qual escribió su pasión, á los trece años de su edad, fuyendo de la muerte, alcanzó la vida bienaventurada, cuyo tierno pecho fué aventajado por tanta sabiduría, que aunque florecía por la verde niñez, pero parecía que era llena de días: esta Virgen, muy fermosa de gesto, é más de feé, tornando de las escuelas á su casa, veyéndola el fixo del Adelantado de aquella Provincia, fué della mucho enamorado, é prometióle muy grandes dádiuas, si consintiesse en casamiento suyo con él; é Inés, encendida en el amor de Dios, le dijo: Vete de aquí, manjar de muerte, que otro amador me vino antes más claro en nobleza de sangre que tú, é más abastado de riqueza, é más fermoso de catadura, é por dulce suavidad más agradable, é por todo poderío é señorío más valiente, el qual, ennobleciéndome con preciosos arreos, me pintó en la cara una señal, para que non amasse á otro sinon á él: oyendo esto el desbariado manceuo, encendido en el ardor de la codicia della, cayó en la cama, é viniendo los físicos á visitarlo, conocida la causa de su dolencia, dijeron que era grande la enfermedad; é después, otra vez entendiendo él de engañar el corazón de la Virgen con grandes dádiuas, ella le dijo que non podría quebrantar la amistanza del

primero Esposo. Entonces el Adelantado fizo inquirir quién era este Esposo, en cuyo amor le veyan glorificar, é uno de los que allí estaban le dijo que ella llamaba Esposo á Jesuchristo: esto oydo quisola desviar primero con palabras blandas, é después con ásperas amenazas de aquella opinión, que en el corazón tenía fincada; é desque non pudo, díjola: Ó ofrece con las otras Vírgenes á los Dioses sacrificios, ó si non quisieres, sin duda serás desollada; ésta le dijo con esforzado corazón: Nin sacrificaré á los aborrecibles Dioses, nin me manci'llaré con las ajenas suciedades; de lo qual el Adelantado, mucho encendido, mandóla despojar, é lleuar despojada al feo, ó deshonesto lugar, donde son las mal aventuradas, que mal usan la clemencia de Dios, de la qual non se puede complidamente hablar, á quien todas las naturas Tierra, Mar, Aire, Cielo, é Fuego, han por fuerza de obedecer, la dió tan gran espesura de cauellos, que la cobrían más que vestiduras, porque non reciuiesse tan feo baldón. ¡O marauillosa benignidad de Dios! que nin por el juicio se puede complidamente entender, nin por palabra se puede explicar qué tales: entrando en el lugar deshonesto falló un Angel, que con gran resplandor alumbraba aquel lugar; é el manceuo enamorado, iendo en uno con otros allá, mandóles que entrassen primero á ella, los quales, espantados del milagro, se salieron luego fuera; por lo qual, auiéndoles dicho mal, entró á ella, é en queriendo llegar á ella, cayó amortecido; en oyéndolo el padre, el rostro lleno de lágrimas, vino á Inés á saber della la causa de la muerte de

su fijo; é la causa sauida, la dijo: Si ficieres que mi fijo sea resucitado, entonces será auido por manifiesto que esto non lo ficiste por arte mágica; por lo qual, en orando Inés, fué tornado el manceuo á vida. ¡O cosa indigna! donde merecía serle dadas tantas alabanzas, reciuió pena; ca los Sacerdotes de los Gentiles leuantaron alborozo en el pueblo, é tornados en maldad dieron voces: lleuad la maga, lleuad la fechicera, que trastorna las voluntades, que enajena los corazones. El Adelantado, aunque codiciaba librarla, pero auiedo miedo que procederían contra él, dejó otro oficial en su lugar, partiéndose con gran tristeza, porque non podía absolver á Inés, como tenía en corazón; entonces el oficial, que auía por nombre Pasqual, la mandó echar en gran fuego. ¡O temedera justicia de Dios! el fuego fué partido en dos partes, é quemaba al pueblo malbado, el cruel hombre Pasqual la mandó matar con fierro, é ella esposa, é Mártir se fué volando para el su fermoso Esposo; é los fieles de Jesuchristo dieron su cuerpo á sepultura; é Emerenciana, virgen muy santa, aunque entonces non era bautizada, pero creya la feé, estando asentada cabe la sepultura della, é diciendo mal á los Gentiles, con gran constancia murió apedreada, por lo qual facen conmemoración; que se ficieron truenos, é relámpagos de los quales perecieron muchos paganos. Los parientes de Santa Inés, faciendo llanto cabe su sepultura, les apareció una compañía de Vírgines, que resplandecían con vestiduras de oro; é entre ellas Inés, aderezada en otro tal arreo; é un cordón que estaba á la su diestra

más blanco que la nieve, á los quales ella amonestó: Non fagades llanto por mí como muerta, ca soy gozosa en asentar asentada con éstos en las mismas sillas, é assimesmo Constanza, virgen, fixa de Constantino, la qual era trabajada de desaventurada dolencia de lepra, en oyendo esta visión, fué á su sepultura, é orando allí, se adormeció, é vió, estando dada al sueño, á Inés, que la dijo: Si creyeres sin duda en Jesuchristo, abrás salud; la qual voz oyda, la virgen despertó, é se falló sana de aquella enfermedad, é recibió el Bautismo, é fizo labrar una Iglesia sobre la sepultura de Inés, la qual ofreció á su nombre; é allí, guardando perpetua virginidad por su ejemplo, ayuntó muchas Vírgines; según lo que dicho es, claro parece que ella resplandeció por tan maravillosa santidad, que entiendo que apenas bastarán las humanales loanzas para la ensalzar; agora si non hay por qué nos marauillemos de la constancia de Catón, que tantas veces en el Senado, amenguado por injurias, quedó en un mismo estado de corazón; nin la de Nuncio ⁽¹⁾, que vió su mano destellar en el fuego; nin la de Sócrates, que bebió la cicuta; nin la de un Lacedemonio, cuyo nombre non es manifestado, que fué de tan firme corazón, que lleuándolo á la muerte, é estando con gesto alegre, é aviéndole dicho un enemigo: ¿Menosprecias las leyes de Ligurgio? ⁽²⁾, respondió él: Yo tengo mucha gracia en el que me demanda pena que puedo pagar sin la pedir prestada, nin á logro.

(1) Mucio.

(2) Licurgo.

CAPÍTULO III.

ANASTASIA.

Vengo agora á la muy loable santidad de Anastasia, que es noblemente demostrado en su leyenda por el bienaventurado Gusono, entre los Romanos auer seydo virgen, é fija de Poeta, é varón Ilustre, aunque pagano, é enseñada en la feé de Jesuchristo: ésta, seyendo casada con Papilo, auía propuesto en su voluntad de guardar sin tocamiento tesoro de virginidad, é así escarneía santamente al marido, el qual, seyendo sabidor que en vil ávito con una moza suya acostumbraba ir á las cárceles de los Christianos, é requirirles de las cosas que avían necesarias, la mandó aprisionar en estrechas prisiones, é le denegaba el mantenimiento; entendía aquel hombre de ocupar, ella muerta, las grandes posesiones della; é después, él muerto, fué suelta ella de las prisiones; é teniendo tres mozas de noble gesto, é de entera edad, todas Christianas, y hermanas, el adelantado se enamoró dellas, é tanto valieron por la castidad, que nin por blandos, nin por sobervios amonestamientos, aquéllos sus santos cuerpos non pudieron ser sacados de la excelencia de su dignidad; por lo qual las mandó meter en una casa, donde tenían guardadas las preseas de la cocina, é dende que entró á ellas; é queriéndolas deshonnrar, ardiendo con amor, luego fué tornando en locura, é besaba las calderas en lugar dellas, é quando dende salió como farto feo,

é muy negro, los que lo estaban esperando á la puerta, entendiendo que se auía tornado diablo, lo lastimaron de muchas heridas, é echando á fuir dél, lo dejaron solo; é queriendo él ir á quejarse al Emperador, unos lo ferían con palos, é otros le ensuciaban con lodo: marauillóse mucho el cuytado, porque burlaba dél toda la gente, é como non sabía su mal, sospechó que por obra de las mozas era fecho, é mandólas despojar, porque siquiera desnudas las mirasse: ¡qué más contaré! Aquel Soberano Príncipe de todos, que sólo face marauillas, obró divinalmente que non padeciessen injuria alguna; ca aquéllos, á quien era mandado, trabajando con sus fuerzas por las despojar, non pudieron: de tal manera estaban pegados los cuerpos á las bestiduras; el Adelantado con el gran pasmo se echó tan grauemente á dormir, que con grandes clamores non lo podían despertar; é al fin las Vírgines, triunfando por corona de martirio, se pasaron á aquel aiuntamiento de los Angeles. Otrosí dicen que Anastasia la dió el Emperador á otro Adelantado con condición que si ficiesse que ofreciesse sacrificios á los Dioses, que la abría por mujer; é ella metida en el Palacio, queriéndola ensuciar, luego se le cubrieron los ojos de obscuridad; é vino á preguntar á los Dioses si podría recobrar la primera salud; é le respondieron: ¿Por qué conturbaste á Anastasia de marauillosa santidad? desque seas dado á nuestro Imperio siempre en el infierno serás á tormento; la qual respuesta oyda, en tornándose á casa, entre las manos de sus mozos cayó amortecido; entonces otro Adelanta-

do, á cuya guarda fué encomendada, sintiendo que poseya muy grandes heredamientos, la dijo: Anastasia, si quieres seguir la doctrina de Cristo, has de dar todo quanto posees; é por tanto dame á mí todo lo que tienes, é vete do quisieres; é si lo ficieres serás verdaderamente seruidora de Christo; á lo qual ella dijo, alumbrada del Espíritu de Dios: Esto es mandado en la ley de Dios: vende todo lo que has, é dalo á los pobres; onde si á tí, muy rico de hacienda, diesse lo mío, non cumpliría la Diuinal ordenanza; entonces Anastasia, metida en las prisiones, porque pereciesse de hambre, fué gouernada de vianda celestial dos meses por santa Theodora, que, ya deuisada por corona de Martirio, auía volado á aquella soberana bienandanza, é después fué llamada á la isla de Palmar, é por mandado del Adelantado fué gastada en fuego, cuyo cuerpo Apolonia dió honrradamente sepultura; é otros muchos por el nombre de Jesuchristo allí por diuersas maneras de tormentos dieron las almas. ¡O virgen muy famosa en santidad! cuya sagrada intención tanto ardía en el amor de Dios, que por manera alguna non la pudieron sacar del estado de su virginidad.

CAPÍTULO IV.

PAULA.

Parecióme que debía dar á escritura á Paula, Dueña esclarecida entre los Romanos por muy grandes riquezas, é fidalguía de linaje; é porque es

sauído que San Jerónimo escribió su vida, acordé, en quanto yo pudiera, de lo seguir. ¡O cosa maravillosa de ensalzar con grandes loanzas fasta el cielo! ca escriue que su corazón floreció por tanta humildad, que assí como una piedra, que es mucho preciosa, seyendo puesta con otras non tan preciosas, las vence con su relucir; ó assí como el sol con su lumbre escurece á las estrellas, que para afeyte del Cielo crió desde el comienzo el muy alto facedor de todas las cosas: assí Paula venció al peligro deste mundo caedero por su liviandad, la qual, auiedo auido cinco fijos, el uno muerto, al qual lloró con piadosas lágrimas, con tan gran feruor se dió al seruicio de Dios, que parecía que deseaba la salida de su vida. Ésta, auiedo dado muy magnificas casas, é muy grandes riquezas á los pobres, es sabido que encendida en el amor de Dios acordó de visitar la Tierra santa, é descendió al puerto, iendo con ella su hermano, é cuñados, é parientes, é lo que más piadoso es, sus fixos; ca, non auiedo aún el nauío viento, nin seyendo la varca lleuada en lo alto por la guía de los remos, los fijos pequeños, llenas las caras de lágrimas, le tendían las palmas con reuerencia; mas nin por esso el su corazón, lleno del Celo de Dios, se quebró, siguiendo la muy suaue compañía de Enestochio ⁽¹⁾, la qual era compañera de su propósito, é nauegación; é en quanto la barca facía sus sulcos en la sosegada mar, los otros mirando, ella sola volvió los ojos, por non ver lo que sin tormento por ventura

(1) Eustochio.

non podía; é como, nauegando, llegassen á la Tierra santa, é el Procónsul de Palestina, que tenía asaz conocimiento de sus parientes, mandasse aderezar Palacios, ella escogió una camareta pequeña, é visitó todos los santos logares con mucho ardor desta deuoción; é echada delante la Cruz, mojado las mejillas con largo río de lágrimas, adoró á Jesuchristo, como si estoviesse colgado en la Cruz, é entrando al sepulcro dió devotos besos á la piedra, que el Angel quitó de la puerta del monumento, é con voca sedienta lamió el mismo lugar, donde aquel muy santo cuerpo auía iacido; é dende pasó á Belén, é entró en la cueua donde el Redentor del Humanal Linaje, Dios, é Hombre marauillosamente nació, é dijo con juramento que ella auía visto con los ojos de la Feé al Niño embuelto en los paños en el pesebre llorando, é á los Magos, que adoraban, é á la Estrella, que relucía, é á la Madre Virgen, é al estudioso Joseph, é á los Pastores, que venían de noche á ver la Palabra que era fecha Carne, é que oyó razonar in principio erat verbum fasta verbum caro factum est, é á los Niños muertos, é á Herodes, que facía la crueldad, é á Joseph, que fuya con la Virgen María fasta en Egipto. ¡O deuoción muy fuerte de voluntad! mezcladas las lágrimas con alegría, dijo estas palabras: Dios te salue, Región muy abundosa, cuyo abasto es de Dios; Daud con fianza fabla: entraremos en su morada, etc. A mí, pecadora, puesta en soledad, es dado besar el Pesebre, donde la verdadera luz del Mundo llora; orar en la cueba, don-

de la muy santa Virgen parió á Jesuchristo verdadero Dios, é Hombre, guardando la flor de la virginidad: ésta es mi folganza, pues que mi Señor la escogió por su tierra; é con tanta humildad lo decía, que los que la veyan non creyan que era ella, mas la menor de sus sieruas; é estando cercada de gran compañía de Vírgines, en todo parecía la menor de todas ellas; é ¿para qué diré más? ca de tanta honestidad, é continencia fué, que después del finamiento de su marido fasta en el postrimero día de su vida nunca comió con varón, aunque supiesse que era santo, é constituido en Dignidad: é tan limpia de toda mancilla relució, que los muy leues pecados lloraba como fedientes maleficios; é amonestándola que diesse alguna folganza á sus ojos, é non se afligiesse con lágrimas continuadas, respondió: Afear debo la cara, que tantas veces contra el mandamiento de Dios con cuydado pinté; é domar debo con duros azotes el cuerpo, que tan delicadamente traté; é la loca é vana risa compensarla debo con lloro perpetuo; é de trocar son los blandos arreos de la cama por el aspereza de silicio; porque curé de aplacer al Mundo, agora curo de cumplir la voluntad de Jesuchristo. ¡O palabras dignas de mujer muy santa! ca es sabido que ella, seyendo aún seglar, era más valiente en Roma que todas las otras Dueñas de autoridad por castidad loable, é que todo lo que tenía dió, no por gloria del Mundo, mas por amor de Dios á los pobres; é ésta fué de tanta tempranza, que apenas, si non en las fiestas, guisaba con azeyte la vianda que avía de comer;

é muchas Vírgines, que tomó de diuersas Provincias, dellas fixasdalgo, é otras non tanto, é otras del pueblo, partidas en tres partes, en tres monasterios unos juntos con otros, santificados por esta orden, que en las obras, é en las viandas fuessen apartadas; mas que en las oras, que auían de cantar á las oras determinadas, fuessen en uno, é que á las que entre si auían contienda, con suaues palabras las retornaba en concordia, é con mucha abstinencia de ayuno domaba las mozas, que veyá ser inclinadas á brío; é aunque daba logar á las otras, quando adolecían, para que comiessen carne, á sí mesma por qualquier dolencia, que oviesse, non daba logar para ello; é cuenta más, que auiendo caído de calentura en las muy calientes siestas de Julio, é non aviendo esperanza de recobrar salud, é por la misericordia de Dios, auiéndose algún tanto aliviado, é aconsejádola los físicos que le era necesario un poco de bino, é bien aguado, porque, bebiendo agua, non se ficiesse hidrópica, aquel varón santo, que escribió su Historia, encubiertamente suplicó á Epifanio, Papa, que la apremiasse que bebiesse bino; otrosí da testimonio, que tan marauillosamente aprendió la lengua Hebráica, que San Jerónimo, después de niño, con mucho estudio auía aprendido, que cantaba los Psalmos en Hebráico, é pronunciaba las palabras sin propiedad de lengua latina, é assí en tan gran santidad bienaventuradamente la dicha santa pasó de aquesta vida.

CAPÍTULO V.

AGATHA.

Después de Paula, por maravillosa santidad acatable, me viene á la voluntad Agatha Catania, hermosa de gesto, é de edad entera, la qual, como con pura intención, é voluntad honrrasse á Dios, fué en infinitas maneras tentada por Quinciano, que gouernaba á Sicilia por el Imperio Romano, hombre nacido en vajo linaje, luxurioso, idólatra, é encendido en arrebatada avaricia, para poder con ella cumplir su voluntad, é ocupar sus muy grandes riquezas, é apremiarla que diesse sacrificio á los Dioses, é por tanto la mandó traer ante sí; é ella traída, é estando ante él, desde que conoció su maravillosa firmeza, dióla á una mala mujer, que llamaban Efredisia, é á nueue fixas suyas tocadas de la mesma fealdad, para que por treinta días trabajassen si la podrían por ventura mudar de propósito; é porque nin por promesas, nin por amenazas non auían fiducia de la atraer, Efredisia dijo á Quinciano: Más ligeramente se podrían las piedras facer muelles, é el fierro ser tornado en plomo, que el corazón desta Virgen ser quitado de la fe de Jesuchristo. Luego Quinciano la mandó traer ante sí, é ella traída, desde que vino, le dijo: ¿Qué condición es la tuya, Agatha? Respondió: Soy clara, é de noble linaje, según dicen todos mis mayores. Quinciano dijo: Si tú eres noble, ¿por qué tus costumbres muestran que eres sierua? Agatha respon-

dió: Porque soy esclava de Jesuchristo, por eso me do por sierua. Dijo Quinciano: Si de noble linaje dices que eres nacida, ¿por qué afirmas que eres esclava? Respondió Agatha: Muy alta nobleza es la que viue so el suaue iugo de Jesuchristo. Dijo Quinciano: Escoge destas dos la que mejor te pareciere, ó llega tus manos á las santas manos de los Dioses, ó gemirás so diversas maneras de tormentos. Respondió Agatha: Tal querría yo que fuesse tu mujer como tu Diosa, é tu Júpiter. Entonces Quinciano, encendido en saña, mandóla ferrir de bofetadas, é díjola: Non soberuies á Júpiter con tu atreuida voca. Respondióle Agatha: Maravíllome de tí, varón prudente, venir á tan poco sentido, que dices que son tus Dioses, aquéllos, cuya vida tú, nin tu mujer non querrías seguir, é dices que te es injuria si vivieres por la manera dellos; si, según tú dices, son Dioses, buena cosa te deseé; é si aborreces sus costumbres, esso mesmo sientes que yo. Dijo Quinciano: Qué menester me face á mí tan luenga fabla de palabras? ó da sacrificios á los Dioses, ó por crueles tormentos te faré salir el alma. Respondióle Agatha: Si me amenazas con las fieras animalias, en echándolas el nombre de Christo, desechada la braueza se amansarán; si con fuego, los Angeles me echarán rocío de salud, para que non perezca; si con tristes llagas, yo, confirmada por la gracia del Espíritu Santo, las menos preciaré. Entonces Quinciano, veyéndose del todo confuso, mandóla llevar á la cárcel, é quando la lleuaban, iba á la cárcel, dando fermosura de risa, como si fuera á combite. Otro día Quinciano

la dijo: Deniega á Christo, é adora á los Dioses; é ella, non queriendo, mandóla atormentar de crueles tormentos; é quando la atormentaban, dijo: Assí se me fuelga el corazón con estos tormentos, como aquél, que vee la cosa, que há gran tiempo que desea, ó aquél, que falla por acaecimiento gran pieza de oro: é assí como non puede ser el trigo bien guardado en el alfolí, si sus granos non son bien trillados, assí mi alma non puede con palma de martyro ir á aquella soberana bienandanza, si tú, usando de la tu crueldad, non ficieres este cuerpo ser atormentado cruelmente. Entonces Quinciano, encendido en saña, la mandó atormentar la teta, é bien atormentada, que se la cortassen. Agatha le dijo: ¡O cruel, é vano tirano! ¿non eres confuso de venganza en cortar á la fembra lo que tú, llegado á los pechos de tu madre, muchas veces mamaste con la voca? é yo enteras tengo mis tetas, con que crío mis sentidos, desde la niñez consagradas á Dios. Entonces Quinciano la mandó meter en las cárceles, é vedó que non entrassen á ella físico alguno, nin otro, que pan ó agua le podiesse dar; é escríbese que á media noche vino á ella un hombre grande, delante del qual iba un mozo con gran lumbre, que lleuaba consigo muchas medicinas, é dijo: Aunque este loco Cónsul te ha hecho fatigar con tormentos, pero más le ofensaste tú con tus agras respuestas, é aunque concurrió tus tetas, las tuyas serán tormentadas en amargura; quando te lastimaba con los tormentos, ví que tus tetas podían reciuir medicina de salud. Agatha dijo: Nunca guardé mi cuerpo con medicina; por

ende entendería ser muy feo, si agora perdiese lo que gran tiempo há, que curé de guardar. Al fin, después de muchas cosas, el viejo dijo: Yo soy Apóstol de Dios, que me embió á tí: por tanto, sepas que en su nombre tú eres curada; lo qual dicho, luego San Pedro desapareció de sus ojos. Entonces Agatha hizo gracias á Dios, é falló la teta restituída á su pecho; é como las guardas, espantadas por la gran lumbre, se arredrassen, é deixassen la cárcel avierta, algunos la rogaron que se fuesse, á los quales respondió: Non quiera Dios que yo me vaya, é pierda la corona de la paciencia señalada, é con ella dé angustias á mis carceleros; é dende pasados quatro días, Quinciano la dijo: Ó adora á los Dioses, ó, si non quisieres, padecerás más grandes tormentos. Agatha respondió: Cuytado, tus palabras son locas, é non te veo entendimiento: ¿por qué manera quieres que adore á las piedras, é deje á Dios del Cielo, que me crió? Quinciano dijo: ¿Quién te crió? Agatha respondió: Christo, fijo de Dios. Quinciano otra vez dijo: ¿Osas nombrar á Jesuchristo, cuyo nombre es mi aborrecido? Agatha dijo: En quanto viuiere, con corazón, é con labios lo llamaré. Quinciano respondió: Agora se manifestará si te crió Jesuchristo, é mandó traer cascacos quebrados, é derramarlos, é so ellos poner brasas ardientes, é echarla á ella desnuda encima dellas. ¡O maravillosa justicia de Dios! en haciendo esto, luego una parte de la Ciudad, mouida con gran terremoto, cayó, é dió causa de morir dos consejeros de Quinciano. Entonces todo el pueblo iba á priesa á él, dicien-

do que por el injusto tormento de Agatha sufrían aquello. É Quinciano, auiendo temor de la una parte del terremoto, é de la otra del alboroto del pueblo, mandóla tornar á la cárcel; é estando allí, dijo estas palabras: Señor Jesuchristo, que me criaste, é el mi cuerpo guardaste desde la niñez, é quitaste de mí el amor del Mundo, é me feciste vencer los tormentos, é me diste virtud de paciencia, reciue mi espíritu, é mándame ir á la tu misericordia. E después que oró, con gran voz dió el espíritu; é los fieles de Jesuchristo con especies ungieron su cuerpo, é lo asentaron en monumento, é un manceuo bestido ricamente, con otros quinientos varones de feroso gesto, é arreados de vestiduras blancas vinieron al cuerpo della, é pusieron una tabla de mármol á su muy santa caueza, en estas palabras escrita: *Mentem sanctam spontaneam, honorem Deo, patris liberationem.* El qual milagro publicado, los Gentiles, é aun los Judíos comenzaron á ir con gran honor á la sepultura della; é Quinciano, queriendo tomar sus riquezas, dos caualllos, que peleaban en uno, el uno le mordió, é el otro le echó ferido de una cox en el río, en tal manera que el su cuerpo nunca acaeció que pudiesse ser fallado; é dende andando el año cerca de su nacimiento, Ethna, monte de Sicilia, rompiendo rocas, echó pedazos de fuego, é piedras, que corrían á manera de arroyo, con gran arrebatamiento contra la Ciudad: entonces gran muchedumbre de paganos, descendiendo del monte, se fueron á su sepultura, é tomaron el velo, que era cubierta, é pusieronlo contra las piedras,

que corrían, é después el día de su nacimiento el fuego quedó, é non fué más adelante; é por tanto con razón dijo San Ambrosio en su profecía en loor desta virgen assí: ¡O bienaventurada, é ínclita virgen, que mereció por loor del fiel martirio clarificar su sangre al Señor! ¿qué alauanzas diremos, que merece Agatha, que determinó de llevar tan crueles maneras de tormentos por ir á la tierra celestial? Por cierto nin por palabras se puede explicar, nin por la voluntad se puede bien entender; por tanto, determino de pasar á Santa Lucía.

CAPÍTULO VI.

LUCÍA.

Lucía otrosí virgen Zaragozaana, que es cierto ser nacida de noble linaje; ca ésta, oyendo que la fama de Agatha volaba por toda la isla de Sicilia, fué en uno con su madre, que era trabajada de flujo de sangre quatro años auía, al sepulcro de santa Agatha; é en quanto celebraban la Missa, entre las solenidades acaeció que se decía aquel Evangelio que da testimonio, que Jesuchristo curó á una mujer desta dolencia; entonces dijo á su madre: Si esto, que se lee, crees que es verdad, é creyeres que Agatha tiene siempre presente á aquél por cuyo nombre determinó de reciuir muerte, si con firme creencia llegares á su sepulcro, luego abrás salud; é esto dicho, estando todas asentadas cerca de la sepultura, é la madre, é la hija estando en oración, Lucía se dió á sueño, é en

quanto estaba durmiendo, vió á Agatha en medio de los Angeles arredrada de perlas, que la decía: Hermana mía Lucía, tomada del inmortal Dios, ¿para qué me pides lo que para tu madre puedes luego ganar? cata que por la gran fe tuya es ya curada; é dende Lucía, despertada del sueño, dijo á la madre: Cata, madre, que ya eres sana, donde te pido que por aquélla, que por tus plegarias agora te curó, que de aquí adelante non me quieras nombrar esposo; mas quieras dar á los pobres de Jesuchristo todo aquello que por nombre de dote me auías de dar. La madre respondió: En antes otorga tus manos á tu madre al postrimero oficio del cerrar de los ojos, é después faz de mi hacienda á tu guisa. Lucía la dijo: Lo que quando mueres das, por esso lo das; porque después non puedes llevar el fruto dello; por tanto, dalo en quanto puedes mirar el Cielo, porque merezcas alcanzar galardón. Onde desde que se acogieron á la ciudad de Zaragoza, repartiendo cada día sus bienes los daban á los pobres; é en quanto ellas repartían por amor de Dios su patrimonio, vino el fecho á noticia de su esposo; el qual, queriendo saber deste repartimiento, el ama de Lucía le respondió que Lucía auía fallado para mercar en su nombre otro heredamiento de más prouecho que el que vendía, é que, por tanto, vendía algunas cosas. El loco creyó esta carnal mercadería, é por tanto comenzó á dar fauor á los que vendían, é las cosas todas vendidas, é dadas á los pobres, sintiendo como era christiana, el esposo lleuó luego á Lucía ante Pasqual, Cónsul, diciendo que hacía

contra las leyes de los Emperadores; é ella estando delante dél, é seyendo conuidada al sacrificio de los Dioses, respondió: El sacrificio agradable á Dios es visitar á los pobres; é porque non tengo al que ofrecer pueda, á mí mesma le do también para ofrecer. Pasqual le dijo: Essas cosas puedes tú contar á qualquier loco christiano tu equal; mas tales cosas non cumple fablarlas á mí, que guardo las ordenanzas de los Príncipes. Lucía respondió: Yo curaré de guardar la ley de Dios; tú has temor de los Príncipes del Mundo; yo temo á Dios inmortal; tú te guardas de los enojar; yo trauajo de me desviar de ofender á Dios; tú piensas cómo facerles cosa agradable; yo codicio sobre todas las cosas aplacer á Jesuchristo. Pasqual dijo: Gastaste tu patrimonio con tus requestadores, é por tanto, como mala mujer, fablas sin vergüenza. Respondió Lucía: Mi patrimonio yo lo puse en lugar seguro, é corrompedores de cuerpo, nin de voluntad nunca los conocí. Pasqual dijo: ¿Quáles dices tú que son los corrompedores del cuerpo, é de la voluntad? Lucía respondió: A vosotros llamo yo corrompedores de la voluntad, que trabajáis por aconsejar el ánima, que desampare á su Criador, é corrompedores del cuerpo á los que anteponen el deleyte á la eternal bienandanza. Pasqual dijo: Cesarán las palabras, quando viniéremos á las heridas. Lucía dijo: Cree tú que las palabras de Dios inmortal non se pueden absconder. Pasqual dijo: ¿Pues el Espíritu Santo es en tí, é tú de Dios eres? Lucía respondió: Confieso que soy sierua de Dios, é los que casta, é santamente viuen, templo del Espíritu Santo son.

Pasqual dijo: Mandarte he llevar al logar feo, porque te sean en uno quitados el Espíritu Santo, é la flor de la virginidad. Lucía respondió: Non es dañado el cuerpo, si queda el corazón non corrompido; ca si contra mi voluntad me fuere quitado el tesoro de la virginidad, serme há doblada la virtud de la castidad para corona, é nunca me podrás mudar de mi propósito para que consienta en feos deleytes; ves aquí mi cuerpo aparejado para toda manera de tormentos: ¿qué te cumple más de tardar, fijo del diablo? si has gana, comienza á facer en mí la crueldad de tus tormentos. Entonces Pasqual mandó venir ante sí rufianes, é díjoles: Conuidad para ella á todo el pueblo, é tanto estad escarneciéndola fasta que muera. ¡O buen Dios! si son maravillosas las obras de tus manos. ¡O cosa maravillosa! éstos, á quien era mandado, queriéndola llevar, con tanto peso la auía afincado el Espíritu Santo, que en manera alguna non la pudieron arrancar del logar en que estaba; dende Pasqual mandó llamar mill hombres, é atar pies, é manos á Lucía, é llevarla; mas, aunque ellos todos juntos trabajaban, su trabajo non ovo efecto. Entonces añadió otros mill pares de hombres, é con todo la virgen estuvo queda sin moverse: entonces fueron llamados los Magos, si la podrían llevar con sus encantaciones, é quedaron vanos de su propósito; é Pasqual, encendido en saña, dijo: ¿Qué fechizos son éstos? Lucía respondió: No son fechizos, mas son bienfechos de Jesuchristo, que aunque otros diez mill mandes llamar, bien como de antes, en bano trabajarán de usar sus fuerzas. É entendien-

do Pasqual que éstos eran fechizos del espíritu maligno, é los podría quitar con algunas maneras de encantamientos, mandóla rociar, é desdeque tampoco aprouechaba assí, mandó encender cerca della gran fuego, é derramar sobre ella pez, é resina, é aceyte feruiendo, é en quanto la atormentaban, ella con corazón non quebrantado dijo: Gané el plazo de mi martyrio. Los amigos de Pasqual metieron cuchillo por la garganta de la virgen; la qual nin por esso non perdió la fabla, é dijo estas palabras: Iglesias, anúnciovos que vos es dada paz; ca oy es muerto Maximiano, é Diodenarío echado de su Reyno; assí como fué dada Agatha mi hermana por defensora á la ciudad de Catania, assí yo so rogadora á la ciudad de Zaragoza; en quanto esto decía de la voca, los oficiales de los Romanos tomaron preso á Pasqual, é lleuáronlo á César, porque se decía que auía robado toda aquella Isla; é assí lleuado, fué dello acusado, é condenado á muerte. ¡O bondad infinita de Dios! Lucía estovo queda en el lugar donde fué ferida con el cuchillo, fasta que los Sacerdotes vinieron para dar aquel santo cuerpo á sepultura; é allí, donde fué sepultada, fué fecha una Iglesia.

CAPÍTULO VII.

JULIANA, VIRGEN.

Lo que se sigue por la marauilla del fecho en si non es de contar por non noble; ca es cierto que Juliana, Virgen muy santa, seyendo desposada con

Elogio Nicomedio, Adelantado, é non queriendo en manera alguna ayuntarse con él, si non guardasse la feé de Jesuchristo, por mandado del padre fué desposada, é ferida muy grauemente, é dada al Adelantado; á la qual el Adelantado dijo: Muy dulce Juliana mía, ¿por qué burlas assí de mí? Juliana respondiô: Si al mi Dios bien, é derechamente adorasses, faré á tu guisa; en otra manera yo non sosegaré contigo. El Adelantado dijo: Eso yo non lo puedo facer; ca, si lo ficiesse, el Emperador me castigaría por pena de muerte. Juliana respondiô: Si tanto miedo has al Emperador, que es mortal, ¿cómo quieres que yo non aya miedo de Dios inmortal? por tanto, faz lo que pudieres, que á mí non podrás engañar. Entonces Pasqual la mandó grauemente ferir con vergas, é atarla colgada medio día por los cauellos, é echar plomo derretido sobre su caveza; é como la non venciesse, atada en cadenas, la encerró en la cárcel; á la qual vino el diablo en manera de Angel, é díjola: Juliana, yo también soy Angel del Señor, que me embió para que te deba amonestar que des obra á los sacrificios de los Dioses, porque non seas luengamente atormentada, é mueras mal. Entonces Juliana, mojada la cara de lágrimas, orando, dixo: Señor Dios, non me dejes perecer; mas muéstrame quién es éste, que tales cosas me aconseja; á la qual fecha una voz que lo tomasse, porque le apremiasse á confesar quién era, é tomándole le preguntó quién era; é él manifestó que era diablo, que su padre le auía embiado á la escarnecer. Juliana le dijo: ¿Quién es tu padre? Res-

pondió el Diablo: Beelzebut, que á todos los males nos embía; é si por ventura non podemos acabar lo que manda, ponemos á muy grandes muertes; onde non es duda que en muy mal aguero vine acá, pues non pude vencer; é entre las otras cosas le dijo una grande; que lo más de que él fuya era de los Christianos, quando el misterio del Cuerpo del Señor se celebraba. Entonces Juliana lo ató, é derrocó en tierra, feriéndole muy duramente con la cadena, que estaba aprisionada. El diablo, queriéndola rogar, dijo á grandes clamores: Señora, abe merced de mí. Entonces sacaron á Juliana de la cárcel por mandado del Adelantado; é ella llevaba en pos de sí al diablo atado, el qual le iba rogando assí: Señora mía, non quieras más, si á tí aplace, facer de mí escarnio; ca non podría de aquí adelante vencer á ninguno; é sé que los Christianos son misericordes, é tú non muestras contra mí ninguna caridad. Assí lo trojo atado por el mercado, é dende lo echó en una laguna; é desdeque fué trayda delante del Adelantado, extendiéronla en una rueda tanto, fasta que todos sus huesos fueron quebrantados fasta le salir los tuétanos. ¡O cosa muy digna de toda memoria! el Angel del Señor, desmenuzando la rueda, la curó luego; el milagro de la qual cosa veyendo los que eran presentes, creyeron; por lo qual fueron luego juntos en pena de muerte 550 hombres, é 30 mujeres; é después pusiéronla en una olla llena de plomo derretido, lo qual se tornó en manera de baño temprado; é el Adelantado maldijo á los Dioses que adoraba, porque non podían penar una moza,

que tanta injuria les hacía. ¡O hombre duro! ca non atemprado por ninguna piedad le mandó cortar la cabeza; é quando la lleuaban á la muerte, el diablo que ella auía ferido, atado en la cadena, apareció en semejanza de manacaco, é clamaba, diciendo: Non la querades perdonar, porque fizo injuria á los Dioses, é esta noche me firió agramente: por ende dalda su galardón por lo que cometió; é quando Juliana levantó los ojos, si podría ver al que esto fablaba, el diablo, fuyendo, dió voces: ¡Ay de mí, mezquino! prenderme quiere, é atar. Después de degollada Santa Juliana, el Adelantado nauegando, levantóse tormenta, é anegóse él con 24 hombres; cuyos cuerpos, seyendo echados en la riuera, los comieron las bestias brabas, é las aues.

CAPÍTULO VIII.

MARÍA EGIPCIANA.

— Recontadas las alauanzas de Santa Juliana, ofrecióseme la marauillosa santidad de Santa María Egipciana, la qual fizo vida muy apretada 37 años en el yermo, en quanto enmagreció allí la carne por aparejar el espíritu á penitencia; un Abad, por nombre Sozimas, auiendo pasado el Jordán, é andando en el yermo buscando si podría fallar algún santo varón, vióla el cuerpo desnudo, negro, é quemado por el grande encendimiento del Sol; él visto, luego echó á fuir, é él comenzó á correr más de recio en pos della. Entonces dijo ella: Abad Sozimas ¿qué me persigues? yo te amo-

nesto que me dejes; ca non puedo volver mis ojos á tí, porque soy mujer, y desnuda; mas dame tu manto, con que me cubra, é te pueda ver sin verguenza; él, en oyendo su nombre, maravillóse, é dióla el manto, é echado en tierra, rogóla que lo bendijesse; ella dijo: A tí, padre muy bueno, es sabido que pertenece el oficio del bendecir, que eres honrado por Dignidad Sacerdotal; é después que él vió que su nombre é oficio era della conocido, mouido por mayor marauilla, rogóla afincado que lo bendijesse: ¡María, bendígate Dios, Redentor de nuestras ánimas! En quanto ella oraba con las palmas tendidas, vídola cerca de un codo levantada del suelo; é entonces aquel grande Abad comenzó á dudar que por ventura non fuesse espíritu, que sin fin daba obra á oraciones: ¡María, perdónete el muy alto Príncipe de todas las cosas! si entendiste que yo era espíritu sucio acostumbra á pecados; entonces Sozimas la comenzó á conjurar por el Señor, quele manifestasse quién era. Padre, perdona, que si mi vida te contare, espantado, como de serpiente echarás á fuir, tus orejas se enojarán con mis palabras, é el ayre se dará con mis suciedades de pecados; é ella dijo: Yo fuy nacida en Egipto, é á los 12 años de mi edad fuy á Alexandría, é dime 16 años á pública luxuria, que non me negué á ninguno. ¡O humildad grande! Aunque preualecía entonces por mucha santidad, pero non ovo verguenza de confesar la fealdad de su floreciente edad. ¡O santo Dios, de dentro, é fuera santamente vivir! auiendo hombres de aquella partida acordado de nauegar á Jerusalén por

adorar la Cruz, dijo que auía rogado á los marineros, que la lleuassen consigo: ellos, demandandola flete, dijo: Yo non poseo cosa, que vos dé por flete, sino es mi cuerpo, al qual aved; esto dicho, reciuiéronme en la nao, é desde que llegó á Jerusalén, é vino á la puerta de la Iglesia en uno con los otros, dice que la echaron, é que luego entendió que la denegaban la entrada de la puerta; é como otra vez fuesse á la puerta de la Iglesia, los otros, auiedo libre entrada, dijo que á ella era defendida la licencia de entrar. ¡O maravillosa caridad de Dios, que muchas veces enciende las voluntades con fuego de contrición, porque se lloren los pecados, é llorando se alcance perdón! ella, examinando su conciencia, entendió que esto le venía por la fealdad de sus pecados; comenzó á ferir los pechos con las manos, é á derramar lágrimas, é embiar suspiros del corazón, é ella, mirando, vió la imagen de la Bienaventurada Virgen, é que se fué para ella, é la rogó la ganasse perdón de los pecados, é la otorgasse entrada para adorar la Cruz, ca auía determinado el viuir casta, é bienaventuradamente; é desde que oró, é concivió fiducia en el nombre de la Virgen, fué otra vez á la puerta de la Iglesia, é entró libremente. ¡O cosa non menos de marauillar, que de contar! Adorando la santa Cruz con gran deuoción, ovo quien la dió tres dineros, con los quales compró tres panes, é oyó una voz, que la decía: Si pasares al Jordán, serás salua; é assí, pasando al Jordán, fizo vida en el yermo quarenta y siete años, é non vió á ninguno; é aquellos tres panes, que consi-

go auía lleuado, se auían fecho como piedra, é la auían vastado 47 años, é que sus vestiduras la auían durado 17 años, é que fué atormentada de tentaciones, pero todas las venció por la gracia de Dios; é assí dijo al santo Varón: Yo te he contado todas mis obras: pídotte que ruegues al Señor por mí; el Viejo, echado en tierra, bendijo al Señor en su familia, é ella le rogó que el día de la Zena viesse al Jordán, é trojiesse consigo el cuerpo del Señor, porque lo pudiesse tomar de sus manos. Dende el Viejo se tornó al Monasterio, é andando el año, seyendo cerca el día de la Cena, fué á la riuera del Jordán, é vió de la otra parte á María, la qual fecha la señal de la cruz sobre las aguas, vino á él; y él, veyéndola, se marauilló, é se echó á sus pies; ella, veyendo el grande Abad, que se derrocaba á tierra, le dijo: Cata, non lo fagas, ca traes el Sacramento del Señor, é resplandeces por Dignidad de Sacerdocio; mas ruégote que el año siguiente tornes á mí: entonces ella, tomado el cuerpo de Jesuchristo, é fecha la señal de la cruz, tornóse al yermo; é el Viejo, acauado el año, tornó á aquel mismo lugar, do la auía fallado; el qual después vió que ella era bolada á la soberana bienandanza, mojada la cara de lágrimas, non la osando tocar, dijo entre sí: Yo querría dar este cuerpo á sepultura, mas he miedo que non le venga en grado; en quanto esto pasaba en su corazón, abajando los ojos á tierra, leyó en el suelo cerca de su cabeza unas letras, que decían: Sozimas, entierra el cuerpo de María, é da su polbo á la tierra, é ruega por mí al Señor, por cuyo mandado

entré en la carrera de toda carne á dos días de Abril; é por aquí sopo el Viejo, que tomado el Sacramento diuinal, luego que tornó al desierto, feneció la vida; pues ¿qué diremos allende desto? El desierto, que apenas por espacio de 30 años auía pasado, en una hora lo corrió, é se fué loando á aquel ayuntamiento de los Angeles; é el Viejo, queriendo cauar la tierra, non podía; luego apareció un león, al qual el Viejo dijo: Esta muy santa mujer mandó enterrar su cuerpo, é non tengo ferramienta; é como soy cansado de vejez, non puedo cauar la tierra; por tanto, caua tú, porque pueda yo dar su cuerpo á sepultura: esto dicho, el león comenzó á cauar, é aderezó sepultura qual cumplía, é el cuerpo enterrado, se fué como cordero manso; é el Viejo, glorificando á Dios, se tornó al Monasterio.

CAPÍTULO IX.

PETRONILA, FIJA DE SAN PEDRO.

Tras María Egipciana, noble por marauillosa Santidad, me viene en mientes Petronila, fixa de San Pedro Apóstol, la qual, seyendo mucho paresciente de gesto, é de voluntad del padre, era trauxada de calenturas encendidas; estando con él aiuntados los Discípulos, le dijo: Marauíllame en que á todos curas con la sola palabra: ¿por qué á Petronila dejas estar traaujada de fiebre? San Pedro dijo: Porque assí cumple se faga; mas porque

non pienses que yo non la puedo curar ayudándome Dios, dijo: Levántate, Petronila, é sírvenos prestamente; lo qual dicho, se leuantó del lecho sana, é fizo lo que el Padre la mandó; lo qual fecho, dicen que le dijo el Padre: Petronila, tórnate á tu cama. ¡O marauillosa obediencia! los ojos puestos en el suelo con la gran homildad, luego se tornó á la cama, é de primero comenzó á ser trauajada de la calentura encendida. ¿Para qué más largamente escribiremos della? saluo que desde el padre conoció que todos sus pensamientos tenía ella cerca del seruicio de Dios, sanóla perfectamente, á la qual, recobrada la salud, fué un Conde llamado Flaco por la su gran fermosura para se le ayuntar en casamiento, al qual Petronila dijo: Si me quieres aver por mujer, manda venir á mí algunas vírgines, que me lleuen para tu casa; é en quanto él las juntaba, Petronila comenzó á estar en ayunos, é oraciones; é dende tomando el cuerpo del Señor, púsose en la cama, é desde ovo allí yacido tres días con deuoción, pasóse á la compañía de los Angeles; el dicho Conde, veyéndose burlado, tornóse á Fillícula, é mandóla que cassasse con él, é ofreciesse sacrificio á los Dioses; é porque ella denegó lo uno, é lo otro, fué tenuta en cárceles por el Adelantado siete días sin comer, é beber, é dende fué muerta, é su cuerpo hechado en un albañar; al qual, tomando el bienaventurado Nicodemus de aquel inhonesto lugar, sepultólo deuotamente.

CAPÍTULO X.

JULIA.

A esta noble Virgen acordé de ayuntar la santidad de Julia, la qual, queriendo foir de la persecución, se fué á Carcoso, una fortaleza de Sicilia, con un su niño, que auía cumplido tres años; é desque llegó allá, fué lleuada delante de Alejandro, Adelantado, é desamparada de dos mozas suyas, el Adelantado tomó el niño en los brazos; é porque la madre denegaba ofrecer sacrificios á los ídolos, la mandó azotar, é el niño, veyendo que azotaban á su madre, lloraba amargamente, é daba grandes querellas al Adelantado, que le tenía en los brazos, é tentaba de lo falagar con besos; é el niño, veyendo á la madre puesta en las heridas, aborrecía los besos; é tornando la cabeza con saña, le rasaba la cara con las uñas, é le dió un bocado en las espaldas. Entonces el Adelantado, ensañado, é sintiéndose del dolor, lo echó de lo alto por los escalones en tal manera que el auditorio se ensangrentó con el ternezuelo cerebro del niño; é Julia, veyendo su fijo ir adelante en compañía de los Angeles, con gran alegría dió gracias á Dios; é dende la desollaron, é la bañaron en pez bulliente, é al fin cortáronla la cabeza, é pasó á aquel mismo lugar de la bienandanza.

CAPÍTULO XI.

MARINA, VIRGEN.

Por autoridad de los muy enseñados varones se falla que Marina, virgen, fué una sola fixa á su padre, á la qual el Padre, queriendo ella entrar en Religión, é entrando en el Monasterio, mudó la vestidura, porque non pareciesse fembra, mas varón; é rogó al Abad que reciuiesse en el Monasterio á un solo fixo, el qual por ruego suyo fué reciuido por monje, é llamábanle todos Fray Marín; éste comenzó á bien viuir, é desdeque ovo cumplidos 27 años, sintiendo el padre que se quería morir, llamó á la fija, é confirmándola con sabias palabras en su propósito, la mandó que en manera alguna nunca á ninguno descubriese cómo era mujer, la qual asaz claramente se vee en su leyenda que guardó bien el mandamiento de su padre; é como solía muchas veces traer leña al Monasterio con un carro, é se hospedaba en casa de un hombre, acaeció que su fija se empreñó de un cauallero, é quando la preguntó quién la auía corrompido, afirmó que Marín, monje, la auía deshonrado; al qual, quando le preguntaron por qué auía fecho tan gran maldad, confesó que auía pecado, é pidió que le fuesse dado perdón; los monjes, creyendo que él auía cometido este maleficio, echáronlo del Monasterio. ¡O marauillosa paciencia! non se fué dende turbada, nin se querelló que le facían injuria, mas con gran humildad moró tres años

ante la puerta del Monasterio, é fizo vida, padeciendo gran mengua de mantenimiento: non se mantenía más de con un solo pedazo de pan; al fin el niño fué embiado al Abad, é él lo dió á criar á Marín, el qual estovo con él en aquel lugar dos años: parece que después desto los frayles la recibieron en el Monasterio, é la encomendaron todos los más viles oficios, é ella alegremente los acetó, é todo lo facía paciente, é deuotamente; al fin faciendo vida desta guisa, se fué á aquella suaué compañía de los Angeles, é los frayles, queriendo llevar su cuerpo, según la costumbre que solían, é auiendo ordenado de la sepultar en vajo lugar, viéndola, fallaron que era fembra: todos pasmados confesaron que auían mucho pecado contra la sierua de Dios, é vinieron todos á ver tan gran cosa, pidiendo perdón de la ignorancia, é del pecado, é dende aquel muy santo cuerpo fué enterrado en la Iglesia con muy grande honor; é la moza, que infamá á esta Virgen, fué atormentada del Diablo; é dende confesando su maldad, con otras ante la sepultura de la Virgen fué deliberada.

CAPÍTULO XII.

THEODORA.

— Podría asaz noblemente, después de la Virgen Marina, contar los loores de Santa Valeria, si se me acordase auer leído algo de lo que á ella pertenece; é porque non me viene en miente, saluo que fué Madre de los Santos Geruasio, é Protasio,

acordé de me pasar á Santa Theodora; la qual es auida en memoria por autoridad de muy claros Varones, que fué noble, é fermosa en Alexandría en tiempo del Emperador Zenón, é que ovo marido rico, é teniente á Dios; é el diablo ovo embidia de su santidad, por lo qual se encendió en codicia della un hombre lleno de riquezas, el qual, aquejado con gran amor, la afincaba á menudo con mensajeros, é con dádiuas; é ella, menospreciando los mensajeros, también menospreciaba las dádiuas; é desdeque vió que el su corazón, cercado de marauillosa firmeza, non podía ser por dádiuas algunas quebrantado, acordó de la acometer por otra vía; por lo qual la embió una fehcicera, la qual, como la atentasse con humildes amonestaciones, é non pudiéndola vencer, ella, estando dudando de cometer tal pecado ante los ojos de Dios, que todas las cosas mira, díjole: Todo lo que se face de día aina lo vee Dios, é non lo que se face quando el Sol se quiere poner. ¡O fembra desaventurada! ca non espantada del temor de Dios, mas perseverando con su mala trayción, ella preguntóla si era assí; díjola otra vez que sí: por las palabras engañada la moza, el día yendo facia la tarde, dió su cuerpo al adúltero; é después que tornó en sí mesma, lloró muy amargamente, é con gran dolor firió su corazón con bofetadas; é quando el marido vino á casa, é la falló la cara mojada con lágrimas, é non sabiendo qué cosa era, trauijaba por la consolar, é non podía; é la santa simplicidad por la mañana se fué á un Monasterio, é preguntó á la principal de las Monjas si

podía saber Dios un muy graue pecado, que ella auía fecho, yendo el Sol á ponerse; ella le dijo que non auía cosa, que pudiesse á Dios ser escondida. Entonces Theodora, echando lágrimas, pidió el libro del santo Evangelio para echar suertes sobre sí mesma. ¡O cosa marauillosa! abriendo el libro, por acaecimiento falló aquellas palabras, que dicen: Lo que escriuí, escriuí. E después se tornó á casa; en quanto el marido estaba un día fuera, se cortó los cauellos, é tomó las vestiduras del marido por no parecer mujer, é fuesse á un Monasterio, que estaba de allí 18 Millas, é rogó á los Monjes, que la recibiesen por Monje, é lo que rogaba, é por sus muy suaues palabras, é por la voluntad de Dios, que es lo cierto lo alcanzó; é quando la preguntaron qué nombre avía, respondió que Theodoro; é allí fizo su vida con muy gran omildad; é dende después de algunos años el Abad le mandó que unciese los bueyes, é trojiesse en un carro azeyte de la Ziudad para el Monasterio; é contando algo del marido, lloró mucho, auiendo temor que non se oviesse por ventura ido con algún adúltero; en quanto él estaba cuytándose con este pensamiento, vino á él un Angel del Señor, é le dijo: Señor, levántate de mañana, é en el camino del Martyrio de San Pedro Apóstol, lo que ovieres en encuentro, sabe que es tu mujer; é esto dicho, Theodora vino, é vió á su marido; é como más se le acercó, le dijo: Alégrate, mi señor; é él non conoció á su mujer; é después, aviendo mucho esperado, y dando voces que era burlado, oyó una voz: Aquél, que ayer te dijo saludes, era tu mujer;

que tan santa fué ella, que escapó un hombre de la voca de una bestia braua, que lo despedazaba, é assí despedazándolo, lo resucitó con sus pregarías, é la bestia, maldeciéndola, ella cayó amortecida; é el diablo, auiendo embidia de su santidad, por ver si la podría en qualquier manera turbar, la dijo: Mala mujer, más adúltera que todas, dexaste á tu marido, y venístete acá en menosprecio mío; por cierto yo faré guerra contra tí tan agra, que niegues á Jesuchristo crucificado; é luego el diablo desapareció de sus ojos; é una vez auiéndose acogido á su posada, fué una moza á ella de noche, para que durmiesse con ella; é desde que ella la despreció, engañó á otro, después que le creció el vientre, é le preguntaban quién la avía corrompido, respondió que Theodoro la auía auido; é después que la moza parió el fijo, fué embiado al Abad. ¡O maravillosa paciencia! aunque la maltrayan sin por qué, con todo eso pedía que la otorgassen perdón; el qual non pudo ganar, ca el Abad sospechaba que él auía cometido aquel pecado; é el niño, echado á sus cuestras, lanzóla del Monasterio, pasó su vida siete años, é crió el niño con leche de ovejas; é cumplidos los siete años, el Abad, pensando en sí la maravillosa paciencia suya, acogióla con el mozuelo en el Monasterio, donde después que vivió dos años santamente, tomó el mozuelo, é encerrólo consigo en la cámara; lo qual, seyendo fecho saber al Abad, embió monjes, que con diligencia escuchassen qué era lo que con él fablaba, é ella abrazó el mozuelo con besos, é díjole estas palabras: Muy dulce fijo, por-

que tengo de entrar en el camino agora de toda carne (que es decir que se quería pasar desta vida), á Dios te dejo, á Él aue por padre, é ayudador, é sirue á tus hermanos deuotamente. ¡O argumento singular de marauillosa santidad! Estas cosas dichas, luego dió el espíritu á Dios; é aquella noche, que deste Mundo pasó, el Abad vió en visión aderezar grandes bodas, á las quales iban los Angeles, Profetas, é todos los otros Santos, é en medio dellos una sola mujer muy apuesta, é en gran gloria, la qual fué al logar, do se facían las bodas, é se asentó sobre el lecho; á la qual todos los que estaban delante facían gran reuerencia, é oyó una voz, que decía: Aquí estabas, Theodoro, que falsamente te oponían pecado del niño, é siete veces pasó el Sol sus luengos trabajos sobre él, é tantas angustias sufrió, porque ensució la cama del su marido. El Abad, despertando, fué en uno con los frayles á su cámara, é fallóla finada; é todos los que entraron, descubriéndola, conocieron que era fembra. Entonces el Abad mandó llamar al padre de la moza deshorrada, é desque vino, díjole: El marido de tu fixa es muerto, é quitó la vestidura della, é mostróle cómo era fembra; por lo qual todos los que lo oyan, ovieron gran temor. Entonces el Angel del Señor mandó al Abad que subiesse en su cauallo, é fuesse á la ciudad, é trajiesse consigo al Monasterio al que le viniesse en encuentro; é él, iendo á la Ciudad, vínole á encuentro un hombre, al qual preguntó que dó iva; él le dijo: Mi mujer murió, é aguijo por verla; entonces lo tomó en el cauallo, é fueron am-

bos las caras mojadas de lágrimas, é con muchos loores dieron á aquel santo cuerpo sepultura.

CAPÍTULO XIII.

MARGARITA.

Pasara callando los loores de Theodora, porque mancilló la cama de su marido, saluo porque me trajo á la escribir la gran penitencia que fizo; é agora me atrahe á contar la santidad de Margarita, que fué esclarecida por non menor gloria: ca ésta fué fija de Theodosio, Patriarcha de los Gentiles, é dada á ama, é bautizada en tiempo de su mocedad; é aviendo complidos 15 años, é guardando con otras mozas las ovejas de su ama, passó junto á ella un día el Adelantado Olimbrio, é luego fué encendido en su amor, é embió á ella sus mozos para que la sosacasen: entendió aquel hombre, si fuesse libre, que la abría por mujer, é, si sierua, por manceba; é desque fué trayda ante él, preguntóla de qué linaje era nacida, é qué nombre tenía, ó en qué feé, ó religión era criada; respondió, que noble era de linaje, é su nombre Margarita, é que era Christiana. Dixo el Adelantado: Las dos cosas primeras bien convienen para tí, ca eres avida por noble, é eres fallada Margarita muy fermosa; é lo otro non me parece que te conviene, que moza tan fermosa, é clara por sangre adores á Dios crucificado; é ella afirmando que Christo avía padecido por Redención nuestra, é que viue agora eternalmente; el Adelantado, en-

cendido en saña, mandóla meter en la cárcel, é otro día que la trajessen ante sí, probando por muchas maneras, si la podría aconsejar que diesse sacrificios á los Dioses, é non pudo. ¡O buen Dios! de que contaré yo sino de aquel cruel tyrano? que, viéndola que nin por consejos, nin por amenazas non la podría desviar de su santo propósito, mandóla tan ásperamente atormentar, que assí manaba sangre de su fermoso cuerpo, como mana la fuente; é aunque él con ira salía de sentido, con todo esto non la pudo vencer: por cierto maravillosa es la condición de la virtud, que nin pudiesse ser atraída por falagos, nin quebrantada por ásperas amenazas, nin con crueles tormentos pudiesse ser sacada del estado de su dignidad. Los que allí estaban, movidos de piedad, decían: Margarita, nos auemos compasión de tí, porque vemos tu cuerpo ser despedazado tan cruelmente. ¡O qué fermosura has dañado por tu descreencia! cree siquier agora porque viuas; é non curando de sus amonestamientos, dijo al Adelantado: Ca sin vergüenza, é león espantable, aunque el cuerpo está sujeto á tu crueza, sabe que contra el ánima non podrás facer crueldad. Él cubría el rostro por non ver tan gran derramamiento de sangre, é mandóla quitar de allí, é tornar á la cárcel. Estando mucho en la cárcel orando, é siguiéndola mucho el antiguo enemigo del humanal linaje, aparecióla un dragón espantable de vista, que abriendo su pestilencial boca, la prisó con ella, é ante que la tragasse, en haciendo ella la señal de la Cruz, fué partido el serpiente por medio, é assí

escapó la Virgen sin lesión; é el Diablo la tentó otra vez en forma de hombre si la podría engañar, é llegó á ella, diciéndola: Abástete auer fecho esto; ruégote que non me quieras más enojar. La Virgen le embolbió la mano en los cauellos, é lo derrocó en tierra, é puso su pie sobre la cabeza dél, é díjole: Sobervio diablo, agora serás derrocado so los pies de la mujer. Entonces dió voces en esta guisa: ¡O bienaventurada Margarita! confiésome ser vencido; é seyendo dejado, desapareció. Otro día, llegándose el Pueblo, fué traída ante el Juez, é desde non quiso ofrecer sacrificios á los Dioses, fué puesta desnuda entre fachas ardientes; é los que estaban á esta cruel vista se maravillaban mucho en qué manera podía una tierna moza sufrir tan crueles tormentos; é mandóla poner en una tina llena de agua, porque mudando la pena, sintiesse mayor dolor; nin por esto non fué vista partirse del estado de su paciencia, nin de su dignidad; antes se mostró non ser vencida por todos estos dolores. ¡O piedad grande de Dios! entonces tremió súbito la tierra, é aviendo todos temor, cuentan que la Virgen escapó sin enojo; por el milagro de la qual cosa creyeron cinco mill hombres, que por el nombre de Jesuchristo fueron condenados á pena de muerte. ¡O hombre muy fiero! haviendo pavor que los otros por ventura creerían, mandó cortar la cabeza á la Virgen; é aviendo ganado espacio de facer oración, en quanto con gran oración oraba, dijo una voz del Cielo: Margarita, sabe que en las cosas, que pediste, que eres oída. ¡O maravillosa fortaleza de corazón! le-

uantándose de la oración, dijo al berdugo: Fiéreme; el qual, lanzando el cuchillo de un golpe la cortó la cabeza; é assí, honrrada por corona de martyrio, se fué á aquella gloria, que mucho deseaba.

CAPÍTULO XIV.

MARÍA MAGDALENA.

Dudé yo mucho si debía contar, ó si callar los loores de María Magdalena; ca me parecía, que non se podría escribir, sin facer repreensión de algunas cosas deshonestas entre las honestas; é también pasar callada tan marauillosa santidad, non me parecía cosa de hombre sabio, é ¿quál duda mayor podía ser que fallándose escrito auer seído primero dada toda á deleytes, é dende auer valido mucho por singular santidad, juzgar destas quál era mejor, ó dar á letra sus loores, ó callar, porque non pareciesse por ventura digno de repreensión en contar las cosas deshonestas? é seyendo lleuado el corazón, me plogo, aunque non según el fecho lo demandaba, pero en qualquiera manera contar su loable vida; é vínome delante que María Magdalena fué assí llamada por el castillo de Magdalo, que después de la muerte de su padre le vino en suerte, é fué nacida de muy claros parientes; é viviendo fuera de castidad, dello por la abundancia de las riquezas, dello por su gran fermosura, que de ligero es aparejada á sobresalir; é oyendo que estaba acostado en casa de Simón leproso aquella luz verdadera, que nos lauó

con su sangre, alumbrada con luz divinal, se fué allá, é non osando parecer en medio de los justos, púsose detrás cerca de los pies del Señor, é con gran fiducia se los lauó con lágrimas, é los limpió con los cauellos; é los ungió con unguento, á quien el Redemptor de todos, Christo Jesús, por sola su creencia dió tan grandes beneficios, ca todos sus pecados la perdonó, é la libró del poderío del diablo, é la encendió de su amor, é la fizo toda suya, é quiso posar en su casa, é por su maravillosa bienquerencia á su hermano, de quatro días muerto, retornó á vida; é afirma San Ambrosio, que ésta, cuya vida fué después en cosas honestas é grandes, al tiempo de la gracia fizo la primera penitencia en el yermo, é que, asentada á los pies del Señor, encomendó á memoria sus muy suaues palabras, é estouo á su Passión, é adereszóle unguentos preciosos; é por gracia singular, los otros Discípulos idos del sepulcro, ella non se partió dende, é Jesuchristo, resurgendo, apareció á ella primero, é la ordenó Apóstola; é quando los Judíos echaron á los Discípulos del Señor de los términos de Judea, ellos, pasando las diuersas naciones de los Gentiles, sembraban la palabra de Dios. En este derramamiento Máximo, María Magdalena, Lázaro su hermano, Marta, é otros muchos Christianos puestos en un navío fueron embiados por la Mar sin governador, porque todos pereciessen en uno; empero por la voluntad de Dios llegaron saluos á Marsella, dende porque non fallaron ninguno que los reciuiesse en posada, acogiéronse á un portal, que estaba delante el templo de la ciudad; é quan-

do vió esta santa el pueblo ir al templo á ofrecer sacrificios á los Dioses, se levantó, é con alegre cara, é suaue palabra, les prouó á desbiar del ser-
uicio de los ídolos, é ensalzó con grandes loores á Jesuchristo; é que en tanta caridad ardió, que, viniendo el Príncipe de aquella provincia en uno con su mujer á sacrificar á los Dioses por auer fijos, ella, predicando á Christo, les estorbó que non sacrificassen; é pasados algunos días apareció en visión á aquella Dueña, é díjola: ¿Por qué, teniendo tan grandes riquezas, dejas perecer á los Santos de Dios de fambre, é de frío? é amenazóla, si non aconsejasse al marido que los amparasse; é ella, auiendo miedo, non osó contar la visión al marido, é la noche siguiente le apareció al marido, é á ella; é ellos, espantados con temor, acordaron que mejor era facer á su guisa, que caer en la ira de su Dios, que predicaba; é recibiéronlos á posada, é diéronles lo que avían menester; é un día María, sembrando la palabra de Dios, la dijo el Príncipe: ¿Entiendes que podrías defender la feé, que predicas? María respondió: Por cierto presta so á la defender, como aquélla, que es firmada por la dotrina, é milagros de San Pedro, mi maestro, que está mayoral en Roma. El Príncipe la dijo: Prestos somos de creer, si del Dios, que predicas, nos ganares un fijo. Entonces la Santa rogó por ellos al Señor, é fué oyda. Entonces el Príncipe ordenó de ir á Roma á probar si era como ella predicaba; é porque la mujer contendía de ir con él, aderezó un nauío, é lleuóla consigo, é Magdalena les puso en los hombros la señal de

la cruz, porque el antiguo serpiente non les pusiese embargo en su camino; é nauegando, levantóse viento, é la mar comenzó á sobrepujar, que todos eran atribulados, en especial la Dueña preñada, tanto, que con el dolor echó luego el parto, é luego murió. ¡O maravillosa sabiduría de Dios! nacido el niño comenzó á bullir, é buscando el bien fecho de las tetas de la madre dió tristes gemidos: los marineros daban voces que fuesse echado aquel cuerpo á la mar antes que todos pereciesen, diciendo: En quanto tobiéremos con nosotros este cuerpo muerto, non cesará esta tempestad; é queriendo echar el cuerpo á la mar, dijo el marido: Dad lugar (é sin mí nin á ella non querades perdonar) dad lugar á este niño, que llora, é dejad un poco, si esta mujer con el gran dolor está amortecida, podrá retornar. ¡O infinita clemencia de Dios! que salió en el tiempo necessario á los que en él esperan, pareció un otero non muy lueñe del nauío: el qual visto, entendió que era mejor llevar allá el cuerpo de la criatura, que non echarlo en la mar; é los marineros por ruego llegaron allá, é por la dureza de la tierra, non pudiendo facer guerra, en lo más encubierto del otero, echó su manto devajo, é assentó allí el cuerpo, é puso el niño á sus tetas, é saliéndole las lágrimas dijo estas palabras: ¡O María Magdalena! ¿por qué aportaste á Marsella para allegamiento de mi cuyta, y perdición? ¿é para qué tomé yo cuytado por tu consejo este camino? ¿para esto me ganaste del Señor crianza, para que mi mujer pereciesse, é el fijuelo conceuido? Cata á tí, á quien en-

comendé todas las cosas, é á tu Dios lo encomiendo, que si poderoso es, como tú solías decir, se acuerde del ánima de la madre, é por tus ruegos aia piedad de este chequito, que non perezca; entonces cubrió bien con su manto el cuerpo con el niño, é subió en el navío; é quando vinieron á Roma, San Pedro, que le ovo en encuentro, en haciéndole la señal de la cruz, le preguntó quién era, é dónde venía; é él contó por orden todo lo que le avía venido; é San Pedro, tomándolo en compañía, le dijo: A buen consejo diste feé; é non ayas por agro si tu mujer duerme; el niño está en uno folgando con ella; non dudes que el Señor puede tomar tu lloro en alegría. Esto dicho, lleuólo á Jerusalem, é le mostró todos los logares, en que predicó Jesuchristo, é los milagros, que fizo, é el logar de la Passión, é Ascensión, é desque fué asaz enseñado en la feé, á cauo de dos años subió como de cabo en el nauío para tornar á su tierra: nauegando con buen viento, llegaron cerca del otero, donde el cuerpo con el niño fuera puesto, é el peregrino por ruego acauó con los marineros que llegassen allá; é llegando ellos, é salido él, vido el niño, que andaba jugando, al qual la bienaventurada Magdalena auía guardado, saluo que el niño fasta entonces no auía visto á ninguno: en viéndolo ovo pauor, é fuyendo á la madre, escondióse so el manto, é éste por se más certificar llegó á ella, é falló al niño mucho fermoso pegado á las tetas de la madre, é tomándolo en brazos dijo deuotamente estas palabras: ¡O bienaventurada Magdalena! mucho me sentiría bienaventurado, si mi

mujer reviviese, porque retornasse conmigo á mi tierra; por cierto yo sé que si tú, que el niño criaste dos años en estas penas, quisieres, podrás ganar á la madre la salud, que de antes auía. ¡O cosa muy marauillosa! esto dicho, la mujer respiró, é como despertando de sueño, dijo: De grandes merecimientos eres digna, bienaventurada Magdalena, que á mi parir fuiste partera, é en todas mis necesidades pusiste gran cura; lo qual oydo, el marido, maravillado, la dijo: ¿Eres viua, amada mujer mía?—Viua, dijo, por cierto, é aun agora llevo aquí de mi peregrinación, donde tú agora buelbes; é contóle que á todos los logares, que San Pedro auía lleuado á su marido, á todos la avía lleuado la Magdalena á ella. Entonces el marido tomó su mujer, é el niño, é subió alegre en el nauío, é con buen viento llegaron á Marsella, é salidos en tierra fallaron á Magdalena predicando con sus discípulos, é echados á sus pies con lágrimas, contáronla lo que les auía acaecido, é bautizólos San Maximino, é alimpiaron los templos de los ídolos, haciendo edificar nobles casas en alabanza del nuestro Redemptor; en esto la santa Magdalena, deseando la eternal contemplación, entró en un yermo muy áspero, é estovo treinta años en un lugar, que aderezaron manos de Angeles, en el qual nin corrían aguas, nin árboles renobaban sus brazos, porque según esto se manifiesta que non se mantenía de comeres terrenales, mas de manjar del Cielo, é cada día á las Horas canónicas la leuantaban Angeles en el ayre. ¿Para qué me tardo más? un Sacerdote haciendo

vida solitaria, escogió una cámara cerca de aquel lugar por doce millas, é un día por la voluntad de Dios vió Angeles descender al lugar, do ella facía penitencia, é que la levantaban en el ayre: él, queriendo saber la verdad desta maravilla, fué con devoción á aquel lugar, é llegando quanto un tiro de piedra, tomóle tan gran temor que non podía ir delante, é probándolo otra vez, el santo varón entendió que sin duda éste era algún sacramento celestial, á que non podía llegar persona humanal; onde llamado el nombre de Christo, la comenzó á conjurar con grandes clamores, é díjole: Llégate más cerca; é desque más cerca se llegó, porque ella se lo contó, é sopo que era María, la que los pies del Señor lauó con lágrimas; é ella le dijo: Ruégote que vayas á San Maximino, é cura de le decir que el día más cercano de la Resurrección del Señor, á la hora que se acostumbra levantar á Maytines, entre solo al Oratorio, é fallarme ha lleuada allá por ministerio de los Angeles. Entonces él se fué á Maximino, é se lo contó todo. Maximino haciendo gracias á Dios en el día é hora señalado, entró solo en el oratorio, é vió á Magdalena estar en medio de los Angeles leuantada cerca de dos codos del suelo, é tendidas las palmas adoraba á Dios; é porque él auía miedo de llegar á ella, tornando á él, le dijo: Llega, Padre, más cerca, é non ayas miedo; é llamada toda la clerecía, é el dicho Sacerdote, esta santa con gran derramamiento de lágrimas tomó por mano de Maximino el cuerpo, é la sangre del Señor; é seyendo ante el Altar, pasó á las eternas alegrías; é después de su pa-

samiento al Cielo, el lugar do murió dió siete días de sí gran olor de suauidad.

CAPÍTULO XV.

CRISPINA.

Vengo agora á Crispina, que fué nacida de nobles parientes: la madre la encerró con doce seruidoras en una torre, porque adorasse allí los Dioses; é porque era mucho fermosa, é la pedían muchos en casamiento, los parientes non la quisieron otorgar, porque pudiesse más libremente entender en el seruicio de los ídolos; é ella, esclarecida por lumbre Diuinal, menospreciando los malos sacrificios, encubría el incienso, que avía de ofrecer á los Dioses; é yendo el padre á ella, las seruidoras le dijeron: Tu fija non quiere sacrificar á nuestros Dioses, é afirma que es christiana; esto oydo, el padre trabajó por la traer primero por blandos consejos al seruicio de los Dioses; é trauajando tantas veces en vano, á cauo de algunos días, tornando á ella, sopo de las seruidoras, que su fija auía quebrado los Dioses, é auía dado á los pobres de Christo el oro, é la plata, é entonces la mandó despojar, é darla duras feridas, é después de ferida la mandó poner en la cárcel; la coytada madre suya, oyendo esto, rasgó sus vestiduras, é aguijó á la cárcel, é echóse á los pies de la fija, é con lágrimas dijo: Fija mía, lumbre de mis ojos, ave piedad de mí; ella, encendido el corazón en el amor de Dios, la dijo: ¿Qué dices de tu fija? saue que el

nombre de Dios está fincado en mi corazón; é des- que vió que en vano curaba de la aconsejar, tor- nó al marido, é contóle todo lo que le avía dicho: entonces el padre la mandó llevar ante su audito- rio, é mandóla que ofreciese sacrificios á los Dio- ses; é fallándose en vano de su propósito, dejada la piedad paternal, mandó raer sus carnes con uñas, é despedazar sus miembros. Entonces ella tomó un pedazo de la carne, é echólo en el rostro del padre, é díjole: Toma, tirano, é come la carne, que engendraste. ¡O buen Dios! ¿quién creería agora qué padre fuesse de tanta cruieza, que á su propia fija atormentasse por tan cruel pena? en- tonces el padre la mandó poner sobre una rueda, é aparejó fuego con aceyte devajo. ¡O maravillosa justicia de Dios! entonces la llama que se leuantó, fué causa que pereciessen mill y quinientos hom- bres. ¡O hombre de fierro! nin por éste tan gran milagro non quedó, antes la mandó poner en la cárcel, entendiendo que todo esto se facía por ar- tes malas; é viniendo la noche, mandóla lanzar en la mar con una gran piedra; é esto fecho, Angeles la ayudaron luego que non pereciesse, é Nuestro Señor Jesuchristo la bautizó en medio de las on- das, é la encomendó á San Miguel Archángel, el qual la trajo salua á la riuera; esto oído, el padre, firiendo con sus manos la cara, dijo: Con encanta- miento faces esto, que, lanzada en la mar, esca- pas sin peligro. Ella le dijo: Desaventurado, sabe que Jesuchristo me libró, é el hombre sin piedad la mandó encerrar en la cárcel. ¡O marauillosa justicia de Dios! aquella noche aquel hombre mu-

rió, é pasó á los infiernos, é sucedió en su lugar otro mal Juez, el qual imaginó un cruel tormento de muerte, es á saber una cuna de fierro, encendida con azeyte, é pez, é resina, en la qual la mandó poner, é que le meciessen quatro hombres, porque más aína se tornasse en ceniza. Entonces Crispina dió muchas gracias á Dios, porque como niña tornaba á nacer, é la dejaba tornar á mecer en cuna. Entonces el Juez, encendido en ira, la mandó rapar la cabeza, é que fuesse lleuada desnuda por la ciudad fasta el templo de Apolo, é ella, mandando al ídolo, se caió, é tornó en tierra; é desde que esto vino á orejas del Juez, pasmóse, é luego murió: á éste sucedió Juliano, el qual mandó encender un forno, é echar en las llamas á Crispina, é allí estobo por espacio de cinco días sin daño cantando suauemente con los Angeles, lo qual, oyendo Juliano, entendiendo que esto se facía con artes mágicas, mandóla echar dos viuoras, é dos culebras, para que la matassen; pero tampoco la empecieron. Entonces Juliano dijo al encantador: Tú eres encantador: faz que estas bestias arremetan á ella, é en faciéndolo, las serpientes arremetieron contra él, é lo mataron; entonces la santa mandó de parte de Dios á las serpientes que se fuessen, é luego se fueron al desierto, é ella tornó al hombre muerto viuo, é el Juliano mandóla cortar las tetas, de las quales manó leche en lugar de sangre, é mandóla cortar la lengua; mas por eso non perdió la fabla, é tomó la lengua cortada, é echóla á Juliano en la cara, é echándosela, cególe de un ojo, é él, ayrado, lanzó-

le dos saetas cerca del corazón, é una en el costado; é assí ferida, dió el espíritu á Dios.

CAPÍTULO XVI.

MARTHA.

Muy público es que Marta fué huésped de Jesuchristo; fué nacida de nobles parientes, é que floreció por perpetua virginidad; é pensando conmigo su muy santa vida, apenas creí que podía caer en hombre de poder contar sus alabanzas: es cierto, que seruí con gran diligencia á Jesuchristo, é después de la Ascensión del Señor fué á Marsella con su hermano Lázaro, é Magdalena. En aquel tiempo auía sobre Ródano en el monte un dragón más grueso que un buey, é más luengo que cauallo, é tenía los dientes agudos, é los cuernos anchos, el qual comía á los hombres que pasaban, é anegaba los nauíos en el río, é al ruego del pueblo ella llegó allá, é falló al dragón, que comía un hombre en el monte. ¡O cosa muy digna de toda memoria! echándole agua bendita, é mostrándole la señal de la cruz, de muy brauo se hizo manso como obeja, é lo ató con su cintal, el qual assí atado, le mataron los del pueblo, é á aquel dragón llamaban los moradores Tarascio; onde por memoria desta cosa fasta hoy día llamaban al lugar, do fué muerto, Tarascuno. ¡O buen Dios! una vez predicando ella cerca de Auiñón entre la ciudad, é el Rodano, estaba un manceuo de la otra parte de la ribera del río, é codiciando oír sus palabras,

porque non tenía barco, despojóse, é prouó á ver si podría pasar á nado; mas fué luego por la fuerza del río arrebatado, é se afogó, el qual, fuyendo apenas fallado á cabo de dos días, é traydo ante sus pies, haciendo oración lo resucitó; é ella, sabiendo que era cerca del fin de su vida, con oración alegre mandó á los suyos, que estoviessen cerca della fasta le salir el alma; é diciendo palabras muy devotas, llamóla Jesuchristo, é assí pasó á aquella soberana bienandanza.

CAPÍTULO XVII.

EUGENIA.

Entre los antiguos es manifesto que Eugenia fué mujer clara por linaje, é más clara por santidad, é fué fija de Filippo, noble entre los Romanos, é ovo ido con su padre en Alexandría, á la qual pidió por mujer Aquilino, fijo del Cónsul, á los 15 años de su edad, mas en valde; ca respondió noblemente que el marido non era de amar por nobleza de linaje, mas de costumbres. ¡O palabra digna de valor! é fué de tan excelente entendimiento, que alcanzó gloria de las siete artes liberales, la qual vino á la dotrina de San Pablo, é por tanto era alumbrada por luz de feé, é aconsejó á dos notables varones, llamados Prota, é Ajacitón, que auían conversado con ella en las casas, á donde se leya la Filosofía, que siguiessen los ejemplos de los santos; é á ellos plogo deste consejo, é tomó áuito de hombre, é fuesse á un monasterio, donde

era mayoral Eleno, varón de Dios, afirmando que era varón, porque non solían ir allá fembras; é Eleno le dijo, esclarecido por divinal inspiración: Bien dices que eres varón, pues, seyendo fembra, faces obras de varón; é dende en uno con los dos tomó ávito de monje, é fízose llamar Eugenio, sirviendo mucho á Dios: vino á él una Dueña, que auía nombre Malancia; era trabajada de dolencia de quartana, é ungióla en nombre de Jesús con olio, é fué librada, é por tanto ella le ofreció grandes dádiuas, de las quales non quiso aceptar cosa; é de aquí avino esta Dueña iba muchas veces á visitar á Fray Eugenio, entendiendo que era hombre, é veyendo que florecía en mancebía, é en maruillosa fermosura de cuerpo, cayó en amores dél, é pensaba con coyta, en qué manera podría cumplir su voluntad con él, é fingió que era trabajada de grande enfermedad, é por tanto fízolo llamar, é él llamado vino, é descubrióle luego la ferviente llama de amor, que mucho le quemaba, rogándole que non fuesse causa que ella pereciesse: entonces Eugenio, maltrayéndola, dejóla vana de su propósito, é ella, veyéndose confusa, é aviendo miedo que él non descubriesse el fecho, comenzó á dar voces, diciendo que Fray Eugenio le auía querido deshonnrar, é dende fuesse á Filipo, padre de Eugenia, que por ordenanza del Senado auía ido allí por el Adelantado, é querellóse diciendo, que él auía entrado en su casa sin vergüenza, é auía probado de la forzar, é que si non fuera librada por ayuda de su esclaua, que acabara la maldad que auía pensado. Entonces el Adelanta-

do mandó traer ante sí á ella, é á los otros sieruos de Jesuchristo presos en cadenas, queriéndolos todos echar en bocas de bestias brauas: é ellos traídos, dijo á Eugenia, que creya que era hombre: ¡O maluado! ¿El vuestro Jesuchristo vos enseña á trauajaros de lujuria, é ser enojosos con locura desbergonzada á las Dueñas? ¡O muy santa humildad! los ojos puestos en tierra, respondió: Jesuchristo podemos mostrar que prometió eternal bienandanza á los que guardan castidad; é también podemos mostrar que Malacia dijo falso testimonio; pero mejor es que suframos pena, que non que ella, por ventura vencida, sea penada, é el fruto de nuestra paciencia se torne en nada; mas sea apremiada el esclaua, que dice que saue deste pecado, para que sea convencida de mentira: ella trayda, clamaba sin alguna vergüenza, aconsejaba por amonestamientos de la señora: este desvergonzado probó á deshonnrar á mi señora; entonces Eugenia, porque ella non se gloriase por ventura en su malicia, rasgó las bestiduras desde la cabeza fasta los pies, é mostróse en secreto á algunas Dueñas cómo ella era fembra, é dijo al Adelantado: Tú eres mi padre, é Claudia es mi madre; estos dos, que contigo están, Artiro, é Sergio, son mis hermanos; yo soy Eugenia, tu fija: él oyendo esto, é reconociendo la fija, soltó los ojos en lágrimas, é él, é la mujer se fueron á la abrazar. ¡O cosa de temer con razón! fuego, que cayó del Cielo gastó luego á Malacia: esta virgen, digna de grandes loores, trajo con su buena destreza al padre, é á la madre, é á toda su familia á la feé

de Jesuchristo, é el padre desechó el Adelantamiento, fué elegido por Obispo de los Christianos, ocupándose de oraciones; matáronlo los infieles, é Eugenia en uno con su madre, é con los otros parientes se tornó á Roma, é trajo muchos á la feé. ¡O cosa indina! por mandado del Emperador le fué atada una gran piedra, é fué echada en el río Tíber, lo qual fecho, andaba salua encima del agua, é dende fué metida en forno ardiente, é en él apagado su ardor era guardada con suaue refrigerio, lo qual es grande argumento de su santidad; é demás ella, seyendo encerrada en la cárcel diez días sin vianda, dando testimonio que Jesuchristo la trajo pan más blanco que la nieue, é la dijo: Toma vianda, ca yo soy Christo, á quien siempre amaste; sabe que pasarás al Cielo el día que yo fuy dado al mundo; é assí el día de la Natividad del Señor le fué cortada la cabeza, é boló con corona de martirio á la soberana bienandanza.

CAPÍTULO XVIII.

EUFEMIA.

El fecho demanda que después de Eugenia nuestro decir se torne á Eufemia, que fué hija de un Senador, la qual, seyendo crecida en edad, é veyendo los Christianos ser atormentados por crueles penas, fué al auditorio del Juez, é confesó manifiestamente á Jesuchristo, é assí avino á los otros por su ejemplo. ¡O virgen de ensalzar con razón! que en caso que tenía valor de linaje, de

edad, é de fortuna, pero menospreciándolo, acordó de su grado poner su cuerpo á cruas penas, porque se dicsse á sí mesma en sacrificio á Dios, é el Juez mandó matar algunos christianos, entendiendo que los otros se espantarían por la muerte de aquéllos, é sacrificarían á los Dioses; Eufemia, entendiendo más en el amor de Dios, quejábbase que él la auía fecho injuria; é el Juez, alegre porque pensaba que quería ofrecer ella sacrificios á los Dioses, preguntóla: ¿Qué injuria la auía sido fecha? Eufemia respondió: ¿Qué enojo me puedes tú facer más graue, que, seyendo yo noble de linaje, querer tú anteponer los non conocidos á mi nobleza, é dejar ir á ellos con palma de Martyrio á aquel ayuntamiento de los Angeles, antes que á mí? El Juez la dijo: Entendía que eras tornada en tu primero buen seso, é alegrábame, porque te hauías acordado de tu dignidad; maguer esto dicho fué en la cárcel encerrada, é seyendo trayda en uno con los otros presos sin prisiones otro día ante el Juez, ella se quejó mucho porque contra las leyes de los Emperadores la perdonaban las prisiones, é dende ferida de puñadas, fué encerrada en la cárcel. ¡O buen Dios! muy suaue es el encendimiento de tu amor, de guisa que desde que comienza alguno á arder en él, cada día se inflama más; ella otra vez fué puesta sobre una rueda, cuyos fierros eran blancos de fuego, é el maestro, estando asentado en la rueda, dió señal á los que la trayan, para que, quando él dicsse sonido, la trajiessen todos á una, porque assí fuesse el cuerpo de la moza despedazado con los fierros ardientes;

mas por ordenanza de Dios acaeció que se cayó la ferramienta, con que aderezaba la rueda; é assí ellos, trayéndola por esta señal, fué gastado, é muerto, é la virgen quedó sin daño sobre la rueda, é sus parientes movidos con dolor, pusieron fuego debajo á la rueda, é quisiéronla quemar; mas la rueda quemada por el fuego, el Angel libró á la virgen del encendimiento, é la trajo á un logar alto; entonces un hombre, que era llamado Apopillario, dijo al Juez: Sabe que la virtud de los christianos non puede ser vencida, sinon con fierro; por ende aconséjote que la mandes cortar la cabeza: creyólo el hombre de poco sentido, é mandó que esto se ficiesse assí; é luego fué todo ocupado de perlesía, de manera que apenas fué lleuado dende viuo, é al fin ella traída, el Juez mandó todos los manceuos entrassen, é llegassen á ella, é tanto la enojassen fasta que muriesse; é entrando uno dellos á ella vió muchas vírgenes cerca della de feroso gesto, é tornóse christiano. ¡O cosa de marauillar! el Juez mandó colgar la virgen por los cauellos, en que estovo sin movimiento; mandóla traer á la cárcel sin vianda, é que la toviessen apretada siete días entre piedras muy duras; mas el Angel la dió de comer, é que por sus oraciones della, las piedras fueron desatadas, é tornadas en polvo; é él, aviendo vergüenza por ser vencido de una moza, mandóla echar en una cueba con tres bestias fieras de tanta braueza, que todos los hombres comían, é las bestias fuéronse á ella con falagos, é fecho su ayuntamiento, aderezáronla logar en que se assentasse; é el Juez, sintiéndose muy confuso, porque

el Adelantado con angustia era ya cerca de muerte, entró á ella el carnicero, por vengar la injuria de su señor, é matóla con un cuchillo; é ella, muerta, se fué á la soberana bienandanza, é el berdugo, á quien el Juez por galardón auía onrrado con ropa de oro, é seda, en saliendo, luego lo mató un león, é por los merecimientos della todos los Judíos, que allí estaban, é los Gentiles fueron convertidos á la feé; é ella non dejó cosa olvidada de las que pertenecen al seruicio de Dios, é á la santidad de la vida.

CAPÍTULO XIX.

JUSTINA, É MARGARITA.

Escribiría con razón tras Eufemia á la Virgen Justina, si non fuesse por la santidad de Margarita, que me amonesta, la qual Justina fué fija de un sacerdote de Antiochía, é floreció por noble fermosura, é marauillosa discreción, é la amó mucho Cypriano, á la qual sus parientes á los siete años de su edad consagraron á los malos espíritus, é venció ella los engaños del diablo por su marauillosa santidad, é fué toda encendida en el amor de Dios; é vistos algunos milagros fué afeytada con corona de martyrio, é en lo postrimero pasó á aquel ayuntamiento de los Bienaventurados; pero á Margarita, que fué también llamada Pelaya, quiero tornar mi palabra: ésta ovo tres cosas: muy fermosa de gesto, noble de linaje, é divisada de buenas costumbres; mas con todo esto fué esclare-

cida por resplandor de tan maravillosa castidad, que nin aun ver non se dejaba de los hombres; é seyendo demandada por mujer de un fijodalgo, fueron aparejadas todas las cosas que complían para las bodas, por consentimiento de ambas partes con muy gran abasto de riquezas; é al día señalado el mozo, é la moza, é todos los otros nobles, teniendo el tálamo aderezado, celebraron sus fiestas con pompa, é alegría; é la Virgen, sospirando, comenzó á pensar en su corazón, en qué placeres tan sin fruto era traída la honrra virginal, é dende echada en tierra, acatada la excelencia de la virginidad, é los non agradables trabajos de las bodas con tanta examinación, que, non curando de las alegrías mundanales, se cercenó los cauellos, é tomando ávito de hombre, se fué á un monasterio; é diciendo que le llamaban Pelayo, el Abad le recibió en compañía, é con diligencia la enseñó, é ella haciendo religiosa vida, muerto el Provisor de unas Monjas, aunque contra su voluntad della, el Abad con consejo de los antiguos le puso por Prelado en el Monasterio de las Vírgines, é ella, dándoles mantenimiento, non solamente corporal, mas aun espiritual, é derechamente el diablo, movido con embidia, ordenó con asaz soteleza de empachar su bienandante vida con tacha criminal; ca fizo caer en pecado de luxuria á una Virgen, é desde que le crecía el vientre, como ya non se podía encobrir, ovieron gran vergüenza, é dolor las Vírgines, é también los Monjes, pensando que Pelayo auía cometido este pecado, pues era familiar dellas, de guisa, que todos lo ordenaron,

é echáronlo deshonorradamente del Monasterio, é encerráronlo en una cueba, é dende fué elegido un frayle áspero, que le daba continuamente pan de ordio, é agua. ¡O maravillosa paciencia! non con corazón quebrantado, mas grande, sufrió todas las cosas sin turbación, dando gracias á Dios; postrimeramente, sintiendo ya ser su fin cerca, embió á notificar al Abad, é á los Monjes, diciéndoles: Yo nacida de noble linaje, quando era seglar, fuy llamada Margarita; é porque pudiesse seguramente pasar la mar de la tentación, que en latín llaman Pelago, púseme nombre Pelayo, é yo inocente fiz penitencia: por ende vos ruego, que, á la que los hombres non conocieron ser fembra, las santas hermanas la den sepultura, é las fembras reconozcan ser virgen á la que los calumniadores juzgaban adúltero: esto sabido, todos los Monjes se fueron á la cueba, é la fembra, dada á las fembras, fué fallada sin tañimiento, folgando con el Señor bienaventuradamente.

CAPÍTULO XX.

SECILIA.

Agora se ha de facer mención de Secilia, porque non parezca que dejo su santidad por pereza; é para tomar complidamente el comienzo de su loable vida, es de saber que ésta fué virgen muy noble, de linaje de Romanos, é desde la niñez fué criada en la feé de Jesuchristo; é porque su virginidad fuesse guardada rogó á Dios secretamente, estan-

do desposada con Valerio, é venido el día de la boda en su voluntad cantaba á los órganos, diciendo estas palabras: Señor, fecho sea el mi cuerpo é corazón sin corrompimiento, porque non sea confundida; seyendo venida la noche, en que se ovo de ajuntar con su esposo, según se suele facer, entrando en la cama, non con corazón quebrantado por lujuria, mas cercado de marauillosa continencia, dijo: ¡O mancebo muy dulce, é muy amado! cierto es lo que te quiero descubrir, si me prometieres con juramento que lo guardarás; él prometió que por necesidad nin razón alguna descubriría lo que oyesse: entonces dijo ella: Sabe que soy mucho en amor con el Angel del Señor, que está siempre conmigo; é éste, si sintiere que ensuciando el amor suyo es afeada la fermosura de mi tierna virginidad, luego serás ferido dél, é perderás la flor de tu fermosa mancebía, é si sopiere que me amas con casto amor, serás á él muy agradable como yo. Entonces Valerio, esclarecido algún tanto por lumbré divinal, dijo: Si quieres que dé feé á tus palabras, muéstrame el Angel, é si fallare que es verdad lo que afirmas, sin duda yo faré lo que me aconsejas; é si sintiere que eres presa de amor de otro hombre, á tí, é á él mataré con fierro. Secilia le dijo: Si quieres creer al Dios que yo adoro con entera, é pura intención, é assimismo bautizarte, verás al Angel, que yo te predico; é ve agora á tres millas de la ciudad, é dí á los pobres que fallares en el camino: Secilia me embía á vosotros, para que me mostredes el viejo Urbano; é desde que lo vieres, cuéntale todo lo que te he dicho; é quando

dende tornases lavado con el Sacramento del Bautismo, verás sin duda al Angel; el manceuo fué luego allá, é falló á Urbano, Obispo, escondido entre las sepulturas de los Mártires, al qual contadas todas las cosas, tendidas las manos, é mojada la cara de lágrimas, dijo: Señor Jesuchristo, sembrador del casto consejo, reciue los frutos, que sembraste en Secilia; Señor Jesuchristo, pastor bueno, Secilia, tu sierua, como aveja muy cuydadosa, te sirue; ca el esposo, que tomó brauo como león, embíatele manso como cordero; é luego apareció uno muy cansado de vejez, vestido de vestiduras blancas como nieue, que tenía en la mano un libro figurado con letras de oro, é desque el mancebo lo vido cayó en tierra como sin alma; mas él lo levantó, é leyó assí: Un Dios, é Padre de todos, que es sobre todas las cosas, é en todos nos, un Dios, é una feé, é un Bautismo; é desque esto leyó, el viejo le dijo: ¿Crees esto ser assí, ó dudas? Al qual él respondió á voces: Non ay cosa, que se pueda creer más verdadera; esto pasado, desapareció de sus ojos el mancebo bautizado por Urbano: tornándose á casa, falló á su esposa en la cámara fablando con el Angel, é el Angel tenía dos guirnaldas de rosas, é dió la una á Secilia, é la otra á Valerio, é les dijo: Guardad con limpio cuerpo éstas, que son de parayso, é por tanto en ningún tiempo nunca se farán marchitas, nin dejarán de lanzar suaue olor; é dijo á Valeriano: Porque diste feé al prouechoso consejo, pide qualquier cosa, que te pareciese; é él, pidiendo que su hermano oviesse conocimiento de la Feé, por ruegos de Secilia,

ambos fueron esclarecidos por lumbre de la feé, é con palma de Martyrio se fueron á la soberana bienandanza; é tornando á mi propósito, el Adelantado Almathio, que á ellos auía mandado cortar la cabeza, con codicia de tomar sus bienes, fizo llamar á Santa Secilia, é venida, mandóla que diesse sacrificio á los Dioses, si non que la sacaría el Alma; non se partió por miedo de la muerte del propósito que auía tomado; mas ordenó antes morir, que dejar aquel saludable consejo; é llorando muchos porque moza tan fermosa se ponía á la muerte, ella dijo: Mancebos muy buenos, esto non es perder, como pensades; mas dar lodo, é tomar oro, dar morada vaja, é tomarla preciosa; si alguno vos diesse por poca cosa muchos bienes, ¿non los tomaríades con mucha diligencia? Dios, por mayor medida, da ciento tanto por lo que recibe con marauillosa largueza; ¿non creéis ser verdad lo que predico? Ellos decían: Por cierto creemos que Jesuchristo es verdadero Dios, pues tal familia le plogo tener; esto dicho, quatrocientos é más fueron bautizados por Urbano; é dende el malbado hombre Almathio preguntó á Secilia: ¿De qué condición eres? Secilia respondió: Por cierto yo soy noble de linaje. El Adelantado dijo: De la Religión te pregunto. Secilia dijo: Essa pregunta tiene el comienzo desbariado, porque parece comprehender dos respuestas. El Adelantado dijo: ¿Dónde te viene tan gran sobervia de corazón? Secilia le dijo: De buena conciencia, é feé limpia. El Adelantado la dijo: ¿Non sabes tú de cuánto poderío soy yo? Secilia le respondió: Tu poderío

es como odre lleno de viento, que si lo foradaren con una abuja, perdida su grandeza, luego se abaja. El Adelantado la dijo: En injurias comenzaste, é dellas usas neciamente. Secilia le respondió: Non se llama injuria, saluo la que se face con palabras mentirosas, é por tanto, si algo dije fuera de verdad, puedes tú decir con razón que eres abatido por injuria, é donde non, castiga á tí mismo, que faces el agrauio; ca nos los que sabemos el nombre de Dios ser tanto, non podríamos desdecirnos, que mejor es morir gloriosamente que vivir con mezquindad. Entonces el Adelantado, movido con ira, dijo: ¿Por qué fablas tan soberbiamente? Secilia respondió: Non fablo soberuio, como piensas; mas firme. El Adelantado dijo: ¿Non sabes, desabenturada, que me es dado poderío de dar la vida? Secilia le respondió: Quiero probar que mentiste agora, ca puedes quitar la vida á los que viven, mas darla á los muertos non puedes; pues, si bien acatares, eres facedor de muerte, é non de vida. El Adelantado la dijo: Quítate desta locura, é faz sacrificios á los Dioses. Secilia le respondió: A los que dices que son Dioses, vémoslos que son piedras.—El, encendido en saña, mandóla llevar, é ser penada todo el día, é la noche en baño firuiendo, en el qual, ayudada por socorro divinal, non fué trabajada por ningún tormento. Lo qual, oyéndolo el Adelantado, non temprado por el milagro, mandóla cortar la cabeza, é el berdugo de tres golpes non se la pudo cortar; é porque según ordenanza era defendido de non ferir quarta vez, fuesse, é dejóla medio muerta, é vivió

tres días, é dió todos sus bienes á los pobres, é encomendó á los que auía tornado á la feé á Urbano, é dijole: Gané del Señor plazo de tres días por encomendar éstos á tu feé, é esta casa conságrame por Iglesia; é esto dicho, murió bienaventuradamente.

CAPÍTULO XXI.

ELISABET, MADRE DE SAN JUAN BAUTISTA;
PELAYA, RASIA, É SANTA CATHERINA.

Aviendo ordenado de concluir las palabras de las santas Mujeres, é pensando yo quién podría más dignamente venir á esto, me vinieron á la memoria: la primera Elisabet, la qual, cansada ya por gran longura de días, por ordenanza de Dios concivió á San Juan Bautista, é valió por gran santidad; la segunda Pelaya, de la ciudad de Antiochía, la qual, por la gran pieza de riquezas, é marauillosa fermosura de su cuerpo, de primero vivió deshonestamente; pero después fizo penitencia, é murió bienaventurada; la tercera Rasia, mujer pública, la qual también fizo penitencia, é fué asentada entre aquel ayuntamiento de las ánimas bienaventuradas; la quarta Cathalina, Virgen, fija del Rey Costo, la qual fué esclarecida por disciplina de todas las artes, é por marauillosa fermosura de cuerpo, é por señalada santidad; é pasando yo la vida destas todas, parecióme que ésta debía ser antepuesta á las otras; é por ende, esta moza excelente porná fin á las santas mujeres; é para que parezca quán noble fué su santidad, es de saber que Magen-

cio, Emperador, ordenó ir á Alejandría, á todos assí ricos, como pobres, para ir á sacrificar á los Dioses, é apremió á los Christianos que celebrassen estos sacrificios: esta gloriosa virgen, oydos los cantares, é sabida la razón, tomó consigo algunas, é aderezóse con la señal de la Cruz, é fué allá, é veyendo muchos christianos, que con miedo de la muerte eran llevados á aquellos malvados sacrificios, é movida con gran dolor, delante del César con gran corazón dijo estas palabras: Assí tu dignidad, como la razón me aconsejaban, que yo dijesse salutación á tí, que al presente usas de la muy alta dignidad, si conociesses derechamente al soberano Príncipe de todas las cosas, que te crió, é quitasses el corazón de los Dioses; é fabló con él ante la puerta del templo por muchas conclusiones de Sylogismos; é después apartólo á fabla familiar, é díjole: ¿Para qué allegaste tan gran muchedumbre de gente á estos feos sacrificios? ¿Maravillaste deste templo fecho por mano de hombres, ó maravillaste de los preciosos ornamentos dél, que assí como fumo ante la faz del viento serán desfechos? Marauíllate del mejor de la muy larga tierra, é de la mar, é de las cosas, que en ellos son; marauíllate del cielo, del Sol, é de la luna, é de las Estrellas; é marauillándote, conoce á aquél, que non solamente rige todas estas cosas por una razón muy excelente, mas las crió; é si tú, alumbrado por lumbre Diuinal, en qualquier manera lo pudieras acatar, nin le fallarás egual, nin aun con el corazón lo entenderás: por ende á él adora, que es Dios de los Dioses, é Señor de los Señores; é

diciéndole mucho de la Encarnación de la Palabra, que es el hijo de Dios, muy sabiamente. César, marauillándose de su hablar suaue, é non pudiendo ir contra sus razones, dijo: Moza, déjanos acabar los sacrificios, é darte hemos respuesta; é mandóla llevar á su Palacio, é guardarla con diligencia, ca su fermosura era tan grande, que en los ojos de todos era marauilla. El Emperador fué á ella, é la dijo estas palabras: Con gran marauilla te oymos hablar muy altamente; mas en los fechos de Dios non podemos entenderlo todo; agora que estamos libre de cuydado, preguntámoste tu linaje. Cathalina le respondió: En caso que es escrito, non te alaues, nin te denuestes, etc. Contarte he mi linaje, non por vanagloria, mas porque lo codicias saber: yo soy Cathalina, fija del Rey Costo, que puesto que fuy deleytosamente criada, é aprendí las artes, pero todo lo deseché por darme libremente á Jesuchristo; ca estos Dioses, que con tanta eficacia sirues, nin pueden ayudar á sí, nin á otros. Maxencio dijo: Si assí, como tú dices, es, todos son guiados por ciego error, é á tí sola es dado conocer la verdad; mas pues en testimonio de dos ó tres está toda palabra, aunque fueras Angel, ninguno non te debía dar feé, quanto menos que eres moza. Cathalina dijo: Ruégote que non te cebes al devaneo, porque es escrito: si te rigieres por el juicio, serás Rey, é si por el cuerpo, serás sieruo. Dijo Maxencio: Con muy mala sotileza non pienses engañar, entendiendo que nos has de traer por autoridad alguna; é viendo que non podía ir contra sus razones, mandó por sus

cartas venir á él todos los sabios, diciendo que les daría grandes dádiuas, si á la moza venciessen disputando; é seyendo traydos de diuersas Provincias cinquenta varones excelentes de toda ciencia, demandaron que ¿para qué los auían llamado de tan desviadas partes? El Emperador les respondió: Está aquí una Virgen, que resplandece por diuinal ciencia, la qual confunde á todos los varones claros de ciencia, é afirma que nuestros Dioses non son Dioses, mas demonios; é por ende si vencer la pudiéredes, tornará cada uno á su tierra con gran loor. Ellos dijeron: Venga acá la Virgen, porque conozca que nunca fabló con hombres valientes en ciencia. Cathalina, antes que llegasse á la gloriosa pelea, encomendóse toda al Señor; el Angel la amonestó que comenzasse con firme corazón este fecho tan grande, afirmando que ella non solamente non podía ser vencida, mas antes los enderezaría para palma de martirio. Cathalina dijo al César: ¿Con qué juicio te moviste en mandar llamar tantos Filósofos contra una moza, prometiéndoles dar grandes dádiuas por la vitoria, é á mí apremiaste que entre en esta dura pelea sin esperanza alguna? pero Jesuchristo me será esperanza, é corona de galardón. Cathalina mostró, disputando agudamente con los Filósofos por muy claras razones, que sus Dioses dellos debían ser escarnecidos, é ellos con gran pasmo callaron. Entonces el César, encendido en ira, los comenzó á maltraer, porque assí torpemente auían dado logar á que fuesen vencidos de una moza; é uno dellos, que era más excelente que los otros en sabiduría, dijo

al César: Sepas, César, que nunca ninguno pudo ir contra nuestras razones; mas esta moza, cuyo entendimiento está alumbrado por lumbre de Dios, assí nos ha tornado en pasmo, que non podemos decir cosa contra Christo; é por ende nos otorgamos firmemente que, si sentencia más probada non nos dieses agora de los Dioses, todos en uno nos convertiremos á la Feé de Jesuchristo. Entonces el Emperador, movido con saña, mandólos quemar á todos juntos en medio de la Ciudad; é Cathalina los enseñó en la Feé, é los esforzó para reciuir gloriosamente el martyrio; é ellos, seyendo lanzados en las llamas, dieron los espíritus á Dios, que non sintieron daño en las ropas, nin en los cauellos, los quales, después que fueron dados á sepultura, el César fabló con Cathalina, diciendo assí: Virgen generosa, á la tu floreciente mocedad yo dó consejo, ca después de la Reyna, si sacrificases, serás delantera en Palacio de todos en dignidad, é será puesta tu imagen en público, é á tí, como Diosa, serán fechas honrras diuinales. Cathalina le dijo: Déjate de hablar tales cosas, que es mal solamente pensarlas; ca yo me ofrecí por esposa á Jesuchristo: ésta es mi gloria, éste es mi amor, del qual nin por falagos, nin por tormentos ninguno me podrá jamás arredrar. Entonces el César la mandó despojar, é despojada, la mandó ferir con escorpiones; é encerrada en obscura cárcel la mandó atormentar de crueles penas; é seyendo ocupado de grandes cuydados, é yendo el fecho á la luenga, la Reyna, encendida en el amor de la Virgen, fué de noche á la cárcel con Porfirio, Prínci-

pe de la Cauallería; é entrando en la cárcel, vióla toda alumbrada de gran resplandor, é la Virgen con muy santos amonestamientos la trajo á la Feé de Jesuchristo, é alargó con ella sus palabras fasta la media noche, predicándola palma de martyrio; é Porfirio, enamorado assí de su santidad como de la dulzura de su fabla, echóse ante sus pies, é con ducientos Cavalleros creyó en Jesuchristo. ¡O testimonio de marauillosa santidad! encerrada en la cárcel se mantouo doce días de manjar celestial, que le fué embiado de Dios por una paloma, é la apareció Jesuchristo con gran muchedumbre de Angeles, é la dijo: Fija, conoce al tu Criador, por el qual ordenaste de entrar en la gloriosa pelea; sé de firme corazón, ca siempre seré contigo. El César mandóla traer ante sí, é veyéndola más fermosa que solía, donde creya que por la luenga fambre estaría más flaca, entendió que los carceleros la auían gouernado, é mandólos penar con tormentos; é la Virgen le dijo: Sepas, César, que yo non ove vianda de mano de hombres; mas Jesuchristo me embió con el Angel gouierno. El César la dijo: Ruégote que non cures de nos responder con dudas; ca non te codiciamos auer por sierua, mas serás nuestra mujer. Cathalina le dijo: Ve, César, y mira entre tí mesmo quál destos entenderías que debrías antes escoger: Reyno glorioso é eternal, ó infierno lleno de todas mequinidades. El César, mouido con gran saña, dijo: Cumple que escojas una de dos: ó faz sacrificios á los Dioses, ó por diuersas maneras de tormentos darás el ánima. Cathalina dijo: En tu poderío es

de me matar, si te place: non lo aluengues; ca yo ofrezco mi cuerpo á Jesuchristo, assí como él de su grado se ofreció por mí: él es mi Dios, mi pastor, é mi esposo. Entonces el César mandó facer quatro ruedas, con unos cuchillos muy agudos guarnecidas, porque la despedazassen miembro á miembro, é los otros Christianos se espantassen por el ejemplo de tan cruel muerte; non espantada por la nueua manera de muerte, mas con grande corazón, haciendo primero oración, con alegre cara llegó á la pena; é seyendo puesta entre las ruedas, el Angel firió aquella rueda con tan gran rebato, que de los pedazos que bolaban parecieron feridos quatro mill Gentiles. La Reyna, que fasta entonces se hauía encubierto, viendo esto, descendió luego, é maltrajo al César con duras palabras; é él, ensañado porque non quiso dar sacrificio á los Dioses, quitóla las tetas, é mandóla degollar; é lleuándola al Martyrio, rogaba á Cathalina que ro-gasse por ella á Dios; é Cathalina la dijo: Non ayas pavor, Reyna amada de Dios; ca oy alcanzarás por Reyno, en lugar del que muy aína ha de perecer, el Reyno eternal, é en lugar de esposo mortal, habráslo inmortal. É después de la Reyna muerta, Porfirio encubiertamente tomó su cuerpo, é lo dió á sepultura; é otro día, andando inquirendo quién auía tomado el cuerpo de la Reyna, llebaban á muchos por mandado del César para los atormentar sobre ello; é salió en medio Porfirio dando voces: Yo enterré la sierua de Jesuchristo, é tomé la feé. Entonces el César, encendido en saña, dió una terrible voz á manera de bestia braua,

diciendo estas palabras: El cuytado de Porfirio, á quien auía ordenado de encomendar mi vida, es burlado; entonces los otros caualleros juntos dijeron: Nos, como Christianos, somos aparejados para reciuir la muerte; é por esto él, tornándose como loco, mandólos degollar á todos con Porfirio, é que fuessen sus cuerpos echados á los canes para que los despedazassen; é al fin llamó á Cathalina, é díjola: Aunque has engañado á la Reyna con arte mágica, pero con todo, si sacrificares, habrás el primero lugar en mi Palacio; é por tanto, ó da sacrificios á los Dioses, ó padecerás pena de muerte. Cathalina dijo: Faz lo que te pluguiere, que por cierto aparejada me fallarás para sufrir todos tormentos por Jesuchristo; dada la sentencia, é seyendo lleuada al lugar de la pena, alzó los ojos al Cielo, é fizo oración en esta guisa: O esperanza, é salud de los creyentes, honrra, é gloria de las Vírgines, buen Jesús, ruégote que qualquier que ficiere memoria de la mi passión al salir del ánima, ó en cualquier necesidad me llamare, que alcance efecto de acogimiento tuyo. Fenecida la oración, fué oyda una voz del cielo: Ven, amada mía, é esposa mía: la puerta del Cielo te está abierta, é todo lo que pides te es otorgado; é después que le fué cortada la cabeza, fallóse que manó de la ferida leche en lugar de sangre; é su cuerpo fué lleuado por manos de Angeles al monte Sinaí, que está apartado del lugar do murió treinta jornadas, é fué allí sepultado, el qual fasta oy día mana olio que sana toda enfermedad.

FIN, É CONCLUSIÓN DE TODA ESTA OBRA.

Como quiera que muchos otros ejemplos, é claras vidas se nos representen en honrra, é loor de las claras, é virtuosas mujeres de nuestro tiempo de todos estados, mayor, mediano, é menor, de las quales algunas dellas oy viuen, cuya vida gloriosamente ha resplandecido dentro de los términos de las nuestras Españas, que muy digna sería de memoria perdurable; perdónennos aquéllas, si haciendo fin aquí al nuestro libro, las sus vidas virtuosas traspasaremos; ca seyendo aquestas por nos loadas más de lo que debían, habría contra nos logar la suspición, por hauer seído aquéllas de la propia nuestra patria, é aun algunas dellas contemporales al nuestro tiempo; é si menos fuesen loadas de quanto mereciesen, podría la virtud de aquéllas redarguir de error á la nuestra escritura; assí que por fuir de lo uno, y excusarnos de lo otro, é aun por non ir contra la dotrina del Sabio en el Ecclesiastés, donde dice: Non loes á ninguno antes de su muerte; con lo qual bien concuerda aquel varón Griego de grande sabiduría, llamado Solón, uno de los siete sabios de Athenas, del qual face gran fiesta Aristóteles en el su libro primero de las Ethicas; é por esta misma razón la Iglesia de Dios, quando celebra fiesta de algún santo, non la face en el día de su nacimiento, mas en el día que muere; porque después de la muerte estamos ya seguros que ninguno non puede pecar;

mas en tanto que hombre viue, muchos mudamientos pueden acaecer por él; é assí faciendo fin á la presente obra, decimos que claramente se concluye, que en todos tiempos siempre se ovo nuestro Señor Dios, mediante todo beneficio natural, é assimesmo toda gracia diuinal, larga, é complidamente con la generación de las mujeres, assí como con los hombres; por donde cesa la non sabia osadía de los que contra éstas han querido decir, ó escribir, queriendo amenguar sus claras virtudes, mas que á los hombres; ca los tales claramente parecen negar aquello que por experiencia, é vista de ojos se veé, es á saber, la mucha bondad, é honestidad, que auemos visto en las que fueron en nuestros tiempos, ya desta vida pasadas, é conocemos en las presentes, que oy son, é assimesmo aquello, de que nos dan verdadera feé de las antepasadas, no solamente los auténticos Autores de los Gentiles, mas aun la diuinal Escritura, é otrosí los santos Doctores de la Iglesia de Dios, non embargante que algunos de voluntad, ó por ignorancia, non entendiendo bien las autoridades de aquéllos, ayan querido escribir algunas cosas non honestas contra las claras, é virtuosas mujeres, los susodichos quedan vanos, é non verdaderos, según en cada uno destos tres libros es complidamente probado; é assí con gran razón de aquí adelante deben callar los maldicientes, é non osar difamar contra las claras Mujeres, á las quales todos los varones somos muy obligados, porque á las madres debemos mucha reverencia, é seruicio por los grandes trabajos que ovieron en nos traer en los

sus vientres, é por los dolores, é peligros, que pasaron en nos parir, é por los grandes trabajos, que ovieron en nos criar, é dotrinar, por respeto de lo qual Nuestro Señor Dios, en la su Divinal Ley, igualando las madres con los padres en los sus diez Mandamientos, nos manda que honrremos á nuestras madres, assí como á nuestros padres; assimismo debemos de amar, é honrrar á nuestras virtuosas mujeres por la buena, é agradable compañía, que dellas recibimos, sin la qual (según dice el Filósofo), non puede ser ninguna cosa agradable en esta vida; é por esto, desque Dios ovo criado al hombre (según dello da testimonio la ley diuinal en el libro del Génesis), dijo assí: Non es cosa conveniente, nin buena, que el hombre esté solo; mas querémosle dar ayuda semejante dél, es á saber la mujer, la qual Dios crió por sí mesmo, non del limo de la tierra, como crió á Adán, mas del cuerpo, é carne mesma del hombre, según da fé dello la sacra Historia en el dicho libro, en el qual expresamente mandó Dios, que dejados el hombre sus padres, ficiesse buena compañía á su mujer, é que fuesen dos personas en una, pues la mujer es tomada del varón, é de su mesma carne, é cuerpo, é allende de las madres é mujeres nuestras debemos mucho amar é bien tratar á nuestras virtuosas hijas, é hermanas, é parientas, é en común á toda la generación de las mujeres, pues Dios quiso que de los hombres fuessen criadas, sin las quales non habría generación en el Mundo, nin la palabra diuinal, que es el Fijo de Dios, rescuiera carne, nin oviera Apóstoles, nin Profetas, nin los

otros Santos, que las mujeres han concebido, é parido; é consideradas todas estas cosas, los Santos Padres de la Iglesia de Dios, en los Decretos por ellos ordenados, é los grandes Emperadores, que antiguamente fueron señores del Mundo, é assimesmo los Reyes, é grandes Príncipes, é Señores en las leyes por ellos establecidas, otorgaron muchos, grandes, é señalados priuilegios á las mujeres, igualándolas en muchas cosas á los Caualleros, que trabajan por la cosa pública; é assí los que contra las Claras Mujeres algunas cosas han querido, ó quieren decir, más propiamente podemos decir, que fablan de voluntad, que con razón, é contra sí mesmos, que contra ellas; é si se dijere que algunas non son honestas, nin virtuosas, respóndese que es verdad; pero esto por semejante se falla en algunos hombres, de lo qual dan testimonio las non honestas obras del Emperador Nero, de lo qual face testimonio Séneca su maestro, é otros auténticos varones, non embargante que el dicho Emperador en su mocedad fuesse doctinado en las artes liberales, é era entonces avido por bueno; é assí se podría decir de otros muchos desde el comienzo del Mundo fasta oy; saluo que non fué, nin es nuestra intención de hablar aquí de los vicios de los hombres, nin de las mujeres; mas solamente mostrar las virtudes ser comunes á las mujeres, é á los hombres, según lo qual los vicios, é pecados, é assimesmo las virtudes, parecen ser comunes á todo el linaje humanal, es á saber á los hombres, é á las mujeres; é assí non son de culpar más las mujeres que los hombres;

non negando por esto la reverencia que las mujeres deban á los hombres, mayormente á sus maridos, como el Apóstol dice en la su epístola á los de Corinto, que Nuestro Señor Jesuchristo es cabeza de todo virtuoso varón, é que el varón es cabeza de la mujer, é que el varón es imagen, é gloria de Dios, é la mujer es gloria del varón, porque el varón, es á sauer el primer hombre Adán, non fué fecho de mujer; mas la mujer es fecha, é criada del varón, é que el hombre non es criado por la mujer, mas la mujer por el varón; pero que el varón non es sin la mujer, nin la mujer sin el varón; ca Adán non oviera fijos, si non oviera mujer; é concluye el Apóstol en la dicha Epístola, que assí el varón, como la mujer todos son en Dios, é por Dios; según lo qual, bien acatado, aunque las mujeres sean muy virtuosas, é algunas dellas sobrepujen en virtudes á algunos hombres, quanto más resplandezcan en toda buena dotrina, tanto más deben auer en reuerencia á los varones; é por esto non se niegan sus loables virtudes, antes se afirman, é muestran ser más perfectas, é que en toda generación de virtud es igual entrada assí á las mujeres, como á los hombres. É por ende, concluyendo la presente obra, assí por las razones sobredichas, como por la ocupación de los grandes fechos, é de gran peso de aquestos Reynos, de los quales nos sentimos el trauajo del principal cargo, después de la Real Majestad, nos ocupan la mayor parte del tiempo, assí en disponer las cosas pertenecientes al afanoso ejercicio de la continua guerra, que traemos, como en dar orden á la governa-

ción de la cosa pública, en lo qual non poco nos desvelamos, por ser á nos encargada, é encomendada por la Real Majestad; pues si algunas fallaciesen, ó demasiadas en esta obra se fallaren, justas causas damos á la disculpación, como toda la mayor parte deste nuestro libro ayamos compuesto andando en los Reales, é teniendo cerco contra las fortalezas de los rebeldes, puesto entre los horribles estruendos de los instrumentos de la Guerra; pues ¿quién puede ser aquél de tan reposado ingenio, ni quién se sabrá assí enseñorear de su entendimiento, que sabiamente pueda ministrar la pluma, quando de la una parte los peligros demandan el remedio, é de la otra la ira codicia la venganza, é la justicia amonesta la ejecución, é el rigor enciende la batalla, é la cosa pública demanda la administración, en tal manera, que todas cosas priuan el reposo, que para esto era necesario, tanto, que muchas veces nos acaeció dejar la pluma por tomar las armas, sin que ninguna vez dejásemos las armas por tomar la pluma; pues quando cansado, é trabajado, é algunas veces ferido volviésemos á la obra, que comenzada dejábamos, cómo el ingenio nuestro se podría fallar? Atento, tú, lector, lo considera, pues aquestos intermedios de tiempo de nuestra escritura, non dudábamos que non desordenassen el nuestro propósito, é desacordassen los términos de la nuestra materia: por tanto, si algunas cosas en nuestra obra se fallasen non bien ordenadas, demandamos dellas perdón, é de las bien dichas, con razón queremos gracias.

Aquí se acaba el Tercero libro desta Obra, que trata de algunas muy virtuosas, é santas Dueñas, é Doncellas de nuestro Pueblo Cathólico Christiano, que fueron só la nuestra muy santa, é gloriosa ley de Gracia, el qual fué bienaventuradamente compuesto por el Inclito, é Magnífico, é muy Virtuoso Señor Don Alvaro de Luna, Maestre de la Orden de la Cauallería del Apóstol Santiago de la espada, Condestable de Castilla, é Conde de San Estevan, é Señor del Infantazgo; é fué acauado, é dado á publicación por el dicho Señor en el Real de sobre Atienza, entrada la dicha Villa, 14 días de Agosto, 19 Calendas de Setiembre, año del Nacimiento de ·Nuestro Señor Jesuchristo de 1446 años. Año primero del su Maestrazgo.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
ADVERTENCIA PRELIMINAR.....	v
Tabla del primero libro.....	3
Proemio de Juan de Mena.....	5
Proemio del Condestable.....	9
Preámbulo primero.....	11
Preámbulo segundo.....	14
Preámbulo tercero.....	17
Preámbulo cuarto.....	21
Preámbulo quinto.....	24
Capítulo I.—Santa María, Nuestra Señora.....	26
Cap. II.—Eva, nuestra primera madre.....	28
Cap. III.—Sarra.....	32
Cap. IV.—María, hermana de Moysés.....	37
Cap. V.—Judic.....	41
Cap. VI.—Ester.....	49
Cap. VII.—Délbora.....	52
Cap. VIII.—La Reina de Sabbá.....	58
Cap. IX.—Séphora é Piana.....	63
Cap. X.—Ana, madre de Samuel.....	65
Cap. XI.—Oldra, que ovo espíritu de profecía.....	68
Cap. XII.—La dueña que mató á Abimelech.....	72
Cap. XIII.—La fija de Gepté.....	74
Cap. XIV.—De cinco mujeres bien habladas.....	78
Cap. XV.—Susana, mujer de Joachín.....	84
Cap. XVI.—De la madre de los siete hijos.....	90
Cap. XVII.—Santa Elisabeth.....	95
Cap. XVIII.—Ana, fija de Samuel.....	98
Tabla del segundo libro.....	105

	Páginas.
Proemio.....	108
Capítulo I.—Lucrecia.....	110
Cap. II.—Coclia.....	120
Cap. III.—Venturia.....	126
Cap. IV.—Tanaquil.....	137
Cap. V.—Porcia, hija de Catón.....	146
Cap. VI.—Sempronia.....	148
Cap. VII.—Antonia, mujer de Drusio.....	152
Cap. VIII.—Bilia, mujer de Diulio.....	155
Cap. IX.—Maccia, hija menor de Catón.....	158
Cap. X.—Avia.....	160
Cap. XI.—Valeria Romana.....	162
Cap. XII.—Virginea, hija de Virgineo.....	163
Cap. XIII.—Virginea, hija de Aulo Publio.....	167
Cap. XIV.—Marcia, hija de Varro.....	169
Cap. XV.—Cornelia, hija de Cipión.....	171
Cap. XVI.—Claudia Vestales.....	177
Cap. XVII.—De la hija que mantenía en la cárcel á su madre con la leche de sus tetas.....	182
Cap. XVIII.—De otra hija que mantuvo con la leche de sus tetas á su padre.....	185
Cap. XIX.—Emilia, virgen.....	189
Cap. XX.—Tuccia.....	191
Cap. XXI.—Claudia Vestal.....	196
Cap. XXII.—Tercia Emilia, mujer del Gran Africano.....	198
Cap. XXIII.—Turia, mujer de Quinto Lucrecio.....	199
Cap. XXIV.—Sulpicia, mujer de Léntulo.....	200
Cap. XXV.—Micol, hija de Saúl.....	200
Cap. XXVI.—La mujer de Isaías, cavallero romano..	203
Cap. XXVII.—Anfronia.....	205
Cap. XXVIII.—Arnesia é Ortensia.....	207
Cap. XXIX.—Julia, hija del noble Emperador Julio César.....	210
Cap. XXX.—Terencia.....	211
Cap. XXXI.—Paulina, mujer de Boecio Torcato.....	213
Cap. XXXII.—De algunas virtudes que se fallaron en las dueñas romanas.....	215

Cap. XXXIII.—De Sulpicia, fija de Servio Patroculo.....	219
Cap. XXXIV.—Minerva.....	228
Cap. XXXV.—De la Reina Dido.....	229
Cap. XXXVI.—De Ceres, fija de Saturno.....	231
Cap. XXXVII.—Diana, fija de Júpiter.....	232
Cap. XXXVIII.—Minerva, fija del segundo Júpiter...	232
Cap. XXXIX.—Nicostrata, fija de Jonio.....	234
Cap. XL.—Cassandra, fija de Príamo.....	235
Cap. XLI.—Artemisa, Reyna.....	236
Cap. XLII.—Ipsicratea, mujer de Mitrídato.....	240
Cap. XLIII.—De la mujer de Syrantes.....	242
Cap. XLIV.—Pantia, mujer de Abradón.....	243
Cap. XLV.—La fija de Darío.....	243
Cap. XLVI.—De la virgen fija de Mocón, Príncipe de los Areopagitas.....	244
Cap. XLVII.—De las cinquenta vírgenes de los de Lacedemonia.....	245
Cap. XLVIII.—De la Virgen de Antioquía.....	245
Cap. XLIX.—De la moza llamada Burza.....	247
Cap. L.—De la mujer Griega.....	248
Cap. LI.—De la vieja de Zaragoza de Sicilia.....	249
Cap. LII.—De la vieja de Julide.....	250
Cap. LIII.—De las mujeres de los Indianos.....	252
Cap. LIV.—De la mujer de Asdrúbal.....	252
Cap. LV.—De las dos mozas Armonia é otra.....	253
Cap. LVI.—De Hypo, griega.....	254
Cap. LVII.—De la mujer de Forgiagonte.....	254
Cap. LVIII.—De las mujeres de los flamencos.....	255
Cap. LIX.—De la dueña Lucena.....	255
Cap. LX.—Ipermestra, fija de Dánao.....	256
Cap. LXI.—Orichia, fija de Marpesia, con su hermana Antiope, Reyna de las Amazonas.....	257
Cap. LXII.—Argia, griega.....	258
Cap. LXIII.—Policena, fija del Rey Príamo.....	259
Cap. LXIV.—Camila, fija del Rey Methabo.....	260
Cap. LXV.—Taramis, Reyna de los Citas.....	261
Cap. LXVI.—Penélope, fija del Rey Ícaro.....	264

	Páginas.
Cap. LXVII.—Sophonisba, fija de Asdrúbal.....	266
Cap. LXVIII.—Cornificia.....	269
Cap. LXIX.—Proba.....	270
Cap. LXX.—Thamírez, fija de Micón, pintor.....	271
Cap. LXXI.—Prene, fija de Tratino, pintor.....	272
Cap. LXXII.—Pontica, por otro nombre Laodices....	273
Cap. LXXIII.—Mariene, mujer de Herodes.....	274
Cap. LXXIV.—Cenobia, Reyna de los Palmirenos...	276
Cap. LXXV.—Erithea, una de las Sibilas.....	279
Cap. LXXVI.—La virgen Almathea.....	281
Cap. LXXVII.—Fambiles, fembra griega.....	283
Tabla de los capítulos del tercero libro.....	284
Proemio.....	285
Cap. I.—Ana, madre de Nuestra Señora.....	286
Cap. II.—Inés, virgen.....	288
Cap. III.—Anastasia.....	292
Cap. IV.—Paula.....	294
Cap. V.—Agatha.....	299
Cap. VI.—Lucía.....	304
Cap. VII.—Juliana.....	308
Cap. VIII.—María Egipciana.....	311
Cap. IX.—Petronila, fija de San Pedro.....	315
Cap. X.—Julia.....	317
Cap. XI.—Marina, virgen.....	318
Cap. XII.—Theodora.....	319
Cap. XIII.—Margarita.....	324
Cap. XIV.—María Magdalena.....	327
Cap. XV.—Crispina.....	334
Cap. XVI.—Martha.....	337
Cap. XVII.—Eugenia.....	338
Cap. XVIII.—Eufemia.....	341
Cap. XIX.—Justina é Margarita.....	344
Cap. XX.—Secilia.....	346
Cap. XXI.—Elisabeth, madre de San Juan Bautista; Pelaya, Rasia é Santa Catherina.....	351
Fin é conclusión de toda esta obra.....	359

SOCIEDAD

DE

BIBLIOFILOS ESPAÑOLES.

1. Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos.
2. Excmo. Sr. D. Braulio Antón Ramírez.
3. Excmo. Sr. D. José Almirante.
4. Excmo. Sr. D. José Fernández Jiménez.
5. Excmo. Sr. D. Mariano Vergara.
6. Excmo. Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.
7. Excmo. Sr. D. Santos de Isasa.
8. Sr. D. Vicente Vignau.
9. Excmo. Sr. D. Miguel Colmeiro.
10. Excmo. Sr. D. Manuel Colmeiro.
11. Ilmo. Sr. D. Juan Facundo Riaño.
12. Sr. D. Jacinto Sarrasí.
13. Sr. D. José de Castro y Serrano.
14. Sr. D. Toribio del Campillo.
15. Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
16. Sr. D. Cándido Bretón Orozco.
17. Sr. D. Manuel Rico y Sinobas.
18. Sr. D. Jenaro Alenda Mira de Perceval.
19. Sr. D. Anacleto Buelta.
20. Sr. D. Máximo de la Cantolla.
21. Sr. D. Eugenio Maffei.
22. Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.
23. La Biblioteca Nacional.
24. Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes.
25. Sr. D. Joaquín Ceballos Escalera.

26. Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo.
27. Sr. D. Fermín Hernández Iglesias.
28. La Biblioteca del Ministerio de Gracia y Justicia.
29. Sr. D. Emilio Ruiz de Salazar.
30. Sr. D. Luis Vidart.
31. Excmo. Sr. Marqués de Perales.
32. Ilmo. Sr. D. Félix García Gómez.
33. Sr. D. Ricardo Chacón.
34. Excmo. Sr. D. Emilio Castelar.
35. Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia.
36. Excmo. Sr. Marqués de Corvera.
37. Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra.
38. Excmo. Sr. D. Luis de Estrada.
39. Ilmo. Sr. D. Julián Zugasti y Sáenz.
40. Excmo. Sr. Marqués de Aranda.
41. Excmo. Sr. Marqués de Heredia.
42. Excmo. Sr. D. Fermín Lasala.
43. Excmo. Sr. Conde de Placencia.
44. Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.
45. Sr. D. Amós de Escalante.
46. Excmo. Sr. D. Ramón de Campoamor.
47. Ilmo. Sr. D. Juan Uña.
48. Ilmo. Sr. D. Joaquín Maldonado Macanaz.
49. El Ateneo de Madrid.
50. Sr. D. Juan Mañé y Flaquer.
51. Sr. D. Patricio Aguirre de Tejada.
52. Excmo. Sr. Marqués de Valmar.
53. Sr. D. Mariano Vázquez.
54. Sr. D. Juan Federico Madrazo.
55. Excmo. Sr. D. Carlos de Haes.
56. Sr. D. Eduardo Sánchez y Rubio.
57. La Biblioteca del Senado.
58. Sr. D. José de Garnica.
59. Ilmo. Sr. D. Manuel Merelo.
60. Sr. D. Francisco de Borja Pabón.
61. Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle.
62. Sr. D. Isidoro de Urzáiz.
63. Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.
64. Sr. D. Lucio Domínguez.

65. Sr. D. Salvador de Torres y Aguilar.
66. La Biblioteca de la Real Academia Española.
67. Sr. D. Fernando Fernández de Velasco.
68. Sr. D. Pedro N. Oseñalde.
69. Ilmo. Sr. D. Federico Hoppe.
70. Excmo. Sr. Marqués de Pidal.
71. Excmo. Sr. Marqués de Hoyos.
72. Excmo. Sr. Marqués de Barzanallana.
73. Excmo. Sr. Conde de Valencia de Don Juan.
74. Sr. D. Carlos Bailly-Bailliére.
75. Sr. D. José María Asensio.
76. La Real Academia de la Historia.
77. Excmo. Sr. D. Juan Valera.
78. Excmo. Sr. D. Gabriel Enríquez.
79. Sr. Conde de Torre Pando.
80. Sr. D. Félix María de Urcullu y Zulueta.
81. Sr. D. Luis de la Escosura.
82. Sr. Conde de Agramonte.
83. Sr. D. Manuel Cerdá.
84. La Biblioteca del Ministerio de Fomento.
85. Sr. D. José Sancho Rayón.
86. Excmo. Sr. Marqués de Casa Loring.
87. Sr. D. Fernando Arias Saavedra.
88. Sr. D. Alfonso Durán.
89. Sr. D. Enrique Suender y Rodríguez.
90. Doctor E. Thebussen.
91. Excmo. Sr. Duque de Frías.
92. Sr. Conde de San Bernardo.
93. Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos.
94. Ilmo. Sr. D. Manuel Ortiz de Pinedo.
95. Excmo. Sr. D. Juan Guillén Buzarán.
96. Sr. D. José Antonio de Balenchana.
97. Sr. D. Marcial Taboada.
98. Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.
99. Sr. Conde de Roche.
100. Excmo. Sr. D. José de Fontagud Gargollo.
101. Sr. D. Enrique Rouget de Loscos.
102. Sr. D. Eugenio de Nava Caveda.
103. Excmo. Sr. Marqués de Miravel.

104. Excmo. Sr. Conde de Casa Galindo.
105. Excmo. Sr. D. Francisco de Zababuru.
106. Sr. D. José de Palacio y Viteri.
107. Sr. D. J. N. de Acha.
108. Sr. D. Juan Llordachs.
109. Sr. D. Juan Gualberto Ballesteros.
110. Sr. D. Pablo Cuesta.
111. Sr. D. Fernando Núñez Arenas.
112. Sr. D. José Llordachs.
113. Sr. D. Laureano Pérez Arcas.
114. Sr. D. Ramón Siscar.
115. Sr. Gerold, de Viena.
116. Sr. D. Juan Martín Fraqui.
117. Sr. D. Joaquín Zugarramurdi.
118. Sr. D. Donato Guío.
119. Excmo. Sr. Conde de Morphy.
120. Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.
121. Sr. D. Fidel de Sagarmínaga.
122. Sr. D. Vicente Poleró.
123. Sr. D. Federico de Uhagón.
124. Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo.
125. Sr. D. Antonio Pineda Cevallos Escalera.
126. La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
127. Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.
128. Sr. D. Gabriel Sánchez.
129. Sr. D. Santos María Robledo.
130. Sr. D. José Jorge Daroqui.
131. Sr. D. Pedro Pablo Blanco.
132. Excmo. Sr. D. Ricardo Villalba y Pérez.
133. Sr. D. Eduardo Corredor.
134. Excma. Sra. Condesa de Oñate.
135. Sr. D. Luis Masferrer.
136. Sr. D. José Anllo.
137. Sr. D. Francisco Cuesta.
138. Sr. D. Mariano Murillo.
139. Sr. D. Federico Real y Prado.
140. Sr. D. Felipe Barroeta.
141. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.
142. Sr. D. Enrique García de Angulo.

143. La Biblioteca de la Academia del E. M. del Ejército.
144. La Biblioteca del Ministerio de Marina.
145. Sr. D. José Moncerdá.
146. Ilmo. Sr. D. Bienvenido Oliver y Esteller.
147. Sr. D. Rafael de la Escosura.
148. Excmo. Sr. D. Francisco de Cárdenas.
149. Excmo. Sr. D. José Núñez de Prado.
150. Excmo. Sr. D. Antonio Rodríguez de Cepeda.
151. Sr. D. Miguel Guijarro Rodrigo.
152. Sr. D. Miguel Guijarro Ocaña.
153. Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.
154. Excmo. Sr. Marqués de Casa Irujo.
155. Sr. D. Miguel Victoriano Amer.
156. Sr. D. Leocadio López.
157. Excmo. Sr. Conde de Toreno.
158. Sr. D. Luis María de Tro y Moxó.
159. Sr. D. Felipe Iturbe.
160. Excmo. Sr. D. Feliciano Herreros de Tejada.
161. Sr. D. Francisco Iravedra.
162. Sr. D. José Canosa y Martínez.
163. La Biblioteca Imperial de Strassburg.
164. Sr. D. Fernando Holm.
165. Sr. D. Joaquín Fontes y Contreras.
166. La Biblioteca del Congreso de los Diputados.
167. Sr. D. Antonio Benítez de Lugo.
168. Sr. D. Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia.
169. Sr. D. Joaquín Valera.
170. Sr. D. José Laín y Guño.
171. Sr. D. José Enrique Serrano.
172. The Earl of Ducie.
173. Sr. D. Carlos Calderón.
174. La Biblioteca Real de la Universidad de Bonn.
175. Excmo. Sr. Marqués de Trives.
176. Excmo. Sr. D. Victorino Arias Lombana.
177. Sr. D. Nazario Calonje.
178. Excmo. Sr. Conde de Bañuelos.
179. Sr. D. Federico Avecilla.
180. Sr. D. Eugenio Hartzenbusch é Hiriart.
181. Excmo. Sr. Conde de Zavellá.

182. Sr. D. Manuel María Peralta.
183. Sr. D. Luis Tusquets.
184. Sr. D. Carlos María Ponte.
185. Sr. D. Luis Navarro.
186. Sr. Norman Maccoll Esq.^{re}
187. Sr. D. Enrique María Alvarez y Martínez.
188. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
189. Librería «Guttenberg.»
190. La Biblioteca de la Universidad de Barcelona.
191. Sr. D. Fernando Palha.
192. Sr. D. Juan Vidal.
193. Sr. D. Alonso Mesía de la Cerda.
194. Sr. D. Antonio Paz y Mélia.
195. Sr. D. Francisco Guillén Robles.
196. Excmo. Sr. Conde de Sallent.
197. Sr. D. Saturio Martínez.
198. Sr. Marqués del Bosch de Arés.
199. Excmo. Sr. Duque T' Serclaes.
200. Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros.
201. Sr. D. Carlos Volmóller.
202. Sr. D. Francisco A. Commelerán.
203. Sr. D. J. C. Cebrián.
204. Excmo. Sr. D. José Esperanza y Sola.
205. Sr. D. Mateo de Rivas y Cuadrillero.
206. Sr. D. León Medina.
207. Sr. D. Jesús Manso de Zúñiga.
208. Sr. D. Francisco R. de Uhagón.
209. Sr. D. Cesáreo Aragón.
210. Excmo. Sr. Marqués del Pazo de la Merced.
211. Excmo. Sr. D. Raimundo F. Villaverde.
212. Excmo. Sr. D. José Moreno Leante.
213. Sr. D. José Luis Gallo.
214. Excmo. Sr. Duque de Arión.
215. Señorita Doña Blanca de los Ríos.
216. Ilmo. Sr. Vizconde de Palazuelos.
217. Ilmo. Sr. D. Carlos Belmonte y Chico de Guzmán.
218. Sr. H. B. Clarcke.
219. Excmo. Sr. Conde de Vilches.
220. Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rúa.

221. Excmo. Sr. D. Emilio Bravo.
222. Excmo. Sr. Conde de Estrada.
223. Excmo. Sr. Marqués de Linares.
224. Sr. D. Calixto Oyuela.
225. Sr. D. Bernardo Rico.
226. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.
227. Sr. D. Ramón Morenés y Alesson.
- 228.
- 229.
- 230.
- 231.
- 232.
- 233.
- 234.
- 235.
- 236.
- 237.
- 238.
- 239.
- 240.
- 241.
- 242.
- 243.
- 244.
- 245.
- 246.
- 247.
- 248.
- 249.
- 250.
- 251.
- 252.
- 253.
- 254.
- 255.
- 256.
- 257.
- 258.
- 259.

260.
 261.
 262.
 263.
 264.
 265.
 266.
 267.
 268.
 269.
 270.
 271.
 272. La Sociedad de Bibliófilos Españoles.

SEÑORES SOCIOS FALLECIDOS

CUYA SUSCRIPCIÓN CONTINÚAN SUS PARIENTES Ó HEREDEROS.

S. M. EL REY D. ALFONSO XII.

1. ✠ Ilmo. Sr. D. Ramón Llorente y Lázaro.
2. ✠ Ilmo. Sr. D. Ramón Miranda.
3. ✠ Sr. D. Marcos Sánchez.
4. ✠ Sr. D. Mariano Fortuny.
5. ✠ Sr. D. Pedro Avial.
6. ✠ Sr. D. Antonio Novo.
7. ✠ Sr. D. Rafael Aguilar y Pulido.
8. ✠ Sr. D. José Carranza y Valle.
9. ✠ Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Cañabate.
10. ✠ Excmo. Sr. D. Cayetano Rosell.
11. ✠ Excmo. Sr. D. Francisco Millán y Caro.
12. ✠ Excmo. Sr. D. Severo Catalina.
13. ✠ Sr. D. Adolfo Rivadeneyra.
14. ✠ Sr. D. José de Santucho y Marengó.
15. ✠ Sr. D. Juan Manuel Ranero.
16. ✠ Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
17. ✠ Sr. D. Luis Burgos.
18. ✠ Excmo. Sr. Marqués de Molíns.
19. ✠ Sr. D. José María Octavio de Toledo.
20. ✠ Excmo. Sr. D. Salvador de Albacete.

JUNTA DE GOBIERNO.

PRESIDENTE.....	Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.—Serrano, 57, hotel.	
VICEPRESIDENTE.....	Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.—Alcalá, 49 duplicado, 4.º	
TESORERO.....	Sr. D. José Antonio de Balenchana.—Reina, 24, bajo.	
CONTADOR.....	Sr. D. Francisco Guillén Robles.—Costanilla de los Angeles, 2.	
SECRETARIO PRIMERO.	Ilmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón.—Serrano, 14.	
SECRETARIO SEGUNDO.	Ilmo. Sr. Vizconde de Palazuelos.—Hernán Cortés, 3.	
VOCALÉS.....	{	Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos.—Barquillo, 4, 3.º
		Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.—Reina, 43.
		Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
		Excmo. Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri.—Plaza del Rey, 3.
		Sr. D.

LIBROS PUBLICADOS

FOR LA

SOCIEDAD DE BIBLIOFILOS ESPAÑOLES.

I. CARTAS DE EUGENIO SALAZAR, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

II. POESÍAS DE D. FRANCISCO DE RIOJA, por D. Cayetano A. de la Barrera. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

III. RELACIONES DE ALGUNOS SUCESOS DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DEL REINO DE GRANADA, por D. Emilio Lafuente Alcántara. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IV. CINCO CARTAS POLÍTICO-LITERARIAS DE D. DIEGO SARMIENTO DE ACUÑA, CONDE DE GONDOMAR, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

V. EL LIBRO DE LAS AVES DE CAÇA, DEL CANCELLER PEDRO LÓPEZ DE AYALA, CON LAS GLOSAS DEL DUQUE DE ALBURQUERQUE. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VI. TRAGEDIA LLAMADA JOSEFINA, DE MICAEL DE CARVAJAL, por D. Manuel Cañete. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

VII. LIBRO DE LA CÁMARA REAL DEL PRÍNCIPE D. JUAN, DE GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, por D. José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VIII. HISTORIA DE ENRRIQUE FI DE OLIUA, REY DE IHERUSALEM, EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IX. EL CROTALÓN DE CHRISTÓPHORO GNOPHOSO. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

X. DON LAZARILLO VIZCARDI, DE D. ANTONIO EXIMENO, por Don Francisco Asenjo Barbieri. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XI. RELACIONES DE PEDRO DE GANTE, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

XII. TRATADO DE LAS BATALLAS Y LIGAS DE LOS EJÉRCITOS DEL EMPERADOR CARLOS V, DESDE 1521 HASTA 1545, por Martín García Cereceda. Tomos I, II y III. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIII. MEMORIAS DEL CAUTIVO EN LA GOLETA DE TÚNEZ, por Don Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIV. LIBRO DE LA JINETA Y DESCENDENCIA DE LOS CABALLOS GUZMANES, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XV. VIAJE DE FELIPE SEGUNDO Á INGLATERRA, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVI. TRATADO DE LAS EPÍSTOLAS Y OTROS VARIOS, DE MOSÉN DIEGO DE VALERA, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVII. DOS OBRAS DIDÁCTICAS Y DOS LEYENDAS, sacadas de manuscritos de la Biblioteca del Escorial, por D. Germán Knust. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVIII. DIVINA RETRIBUCIÓN SOBRE LA CAÍDA DE ESPAÑA EN TIEMPO DEL NOBLE REY D. JUAN EL PRIMERO, DEL BACHILLER PALMA, por Don José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIX. ROMANCERO DE PEDRO DE PADILLA, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XX. RELACIÓN DE LA JORNADA DE PEDRO DE ORSÚA Á OMAGUA Y AL DORADO, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXI. CANCIONERO GENERAL DE HERNANDO DEL CASTILLO, por Don José Antonio de Balenchana. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXII. OBRAS DE JUAN RODRÍGUEZ DE LA CÁMARA (Ó DEL PADRÓN), por D. Antonio Paz y Méliá. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXIII. EL PELEGRINO CURIOSO, por D. Pascual de Gayangos. Tomos I y II. Tirada de 300 ejemplares.

XXIV. CARTAS DE VILLALOBOS, por D. Antonio María Fabié. Tirada de 300 ejemplares.

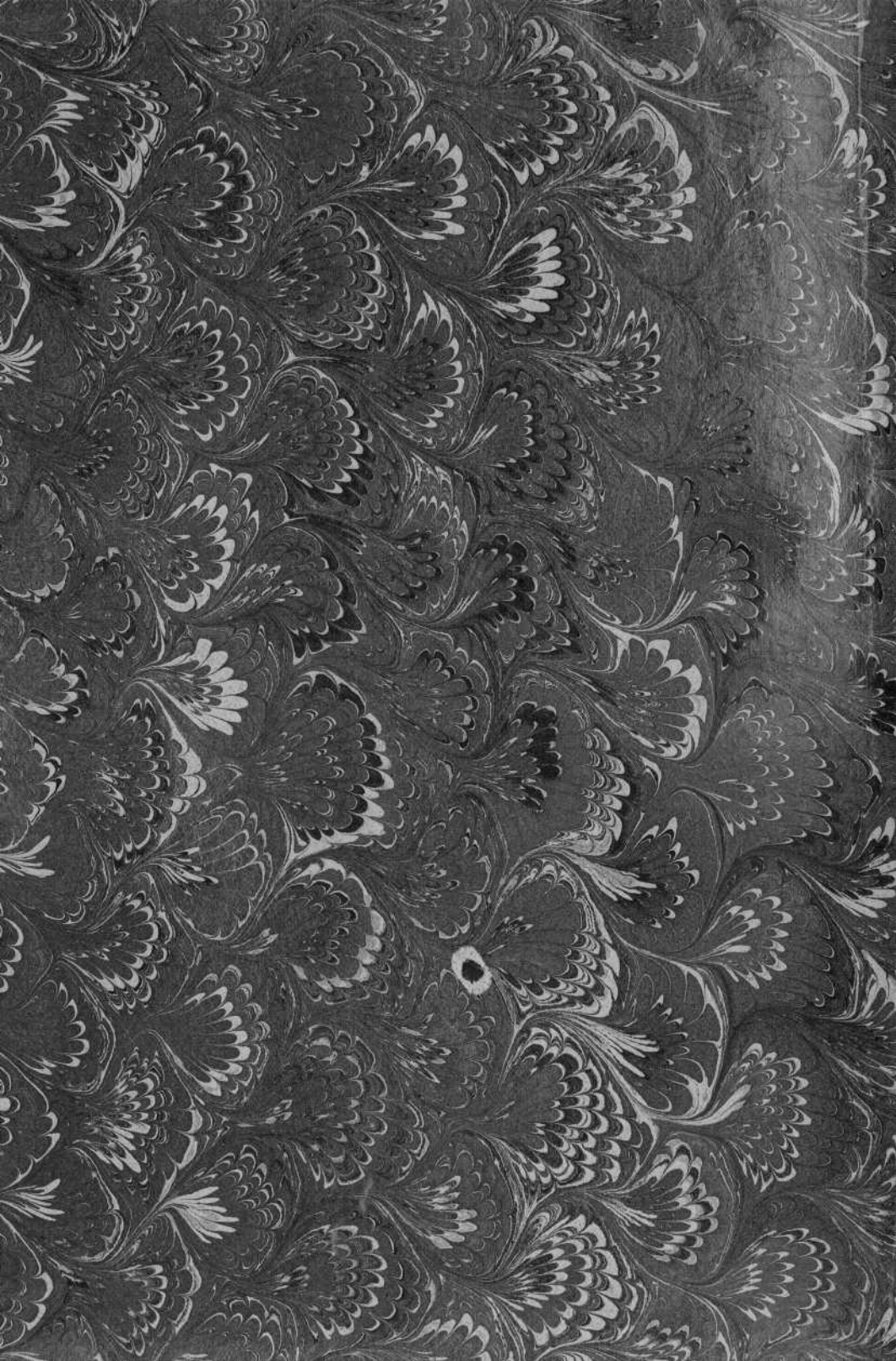
XXV. MEMORIAS DE D. FÉLIX NIETO DE SILVA, MARQUÉS DE TENEBRÓN, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Tirada de 300 ejemplares.

XXVI. HISTORIA DEL MAESTRE ÚLTIMO QUE FUÉ DE MONTESA Y DE SU HERMANO D. FELIPE DE BORJA, por D. Francisco Guillén Robles. Tomo I. Tirada de 300 ejemplares.

XXVII. DIÁLOGOS DE LA MONTERÍA, Manuscrito inédito de la Real Academia de la Historia, por el Sr. D. Francisco R. de Uha-gón. Tirada de 300 ejemplares.

XXVIII. LIBRO DE LAS VIRTUOSAS É CLARAS MUJERES, el cual fizo é compuso el Condestable D. Alvaro de Luna, Maestre de la Orden de Santiago, por el Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tirada de 300 ejemplares.





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 62 | Precio de la obra

Estante . 113 | Precio de adquisición..

Tabla . 3 | Valoración actual.

Número de tomos.



62.

BIBLIÓFILOS
ESPAÑOLES
XXVIII

ALVARO DE LUNA
LIBRO
DE LAS VIRTUOSAS
E
CLARAS MUJERES

1891